

¡AHÍ SOS, CAMISÓN ROSAO!

DE

LUIS ENRIQUE OSORIO

Comedia en tres actos, divididos en cinco cuadros, estrenada en el Teatro Municipal de Bogotá el primero de julio de 1949, por la Compañía Bogotana de Comedias, con el siguiente reparto:

CONSUELO	Carlota Uribe
CHELA	Elena Bernal
DOÑA VIOLENCIA	Carmen Baños
ROSITA	Beatriz Saavedra
SILVERIA	Sofía de Moreno
PROMESERA	Gioconda Pinillos
PRESENTA	Blanca Saavedra
FEDERICO	Leonidas Soler
FELIPE	Carlos Ramirez
FICO	Octavio Rocha
CIRILO	Leopoldo Valdivieso
JUSTINO	Angel Alberto Moreno
DON PACIFICO	Manuel Meléndez
ORADOR	Luis Gáivez
PROMESEROS	Trío de los Granadinos

ASERRÍN y ASERRAN. ROQUE, RIQUE y RAN . CHUSMA CRIADAS

La acción en Bogotá y sus alrededores, en la época de la violencia que sucedió al nueve de abril de 1948. Completó cien representaciones consecutivas en septiembre del mismo año en que fue estrenada.

ACTO PRIMERO

Sala modesta. Se supone que la puerta de la izquierda da a la calle y la de la derecha a las habitaciones interiores. Al levantarse el telón, CHELA lee el periódico. FICO, su hermano, viene del interior de la casa.

FICO. – Buenos días, hermanita.

CHELA. – ¡Hola Fico!

FICO. – Creí que te habías ido para la oficina.

CHELA. – No. Hoy empiezan mis vacaciones.

FICO. – ¿Las pediste al fin?

CHELA. – No. Pero tuve que aceptarlas para estas dos semanas.

FICO. – ¿Y conseguiste el préstamo para el veraneo?

CHELA. – Ni medio. Pasaré la quincena aquí sentada, mirando paredes.

FICO. – ¡Caramba!... ¿Que hacemos?... ¡Empeñemos algo!

CHELA. – Ojalá quedara en esta casa algo que empeñar.

FICO. – Me desespera esta impotencia. Francamente, voy a archivar los libros y a buscar trabajo.

CHELA. – ¡Una tontería! ¿Para qué vas a darle ese disgusto a mamá? Su mayor ilusión es que tengas un título.

FICO. – ¡Dentro de cinco años!

CHELA. – Cuando sea.

FICO. – Y en tanto, tú y ella sosteniendo la casa con mil angustias. Y yo sin tener siquiera con que comprar un paquete de cigarrillos... Para colmo sin cigarrillos no

me entra el álgebra...!Y me he levantado con unas ganas de fumar!... ¿Tienes treinta?

CHELA. – Le entregué anoche a mamá íntegro el sueldo para que pagara el arriendo, porque estamos atrasadísimos. Pídele a papá.

FICO. – ¡Iré a pedirle! ¿No lo sentiste entrar a la madrugada?¡Dando tumbos!

CHELA. – ¿Tumbos nada más?. ¡Hubieras oido cómo trató a mamá!

FICO. – Cuando él llega así, me tapo bien con las cobijas. ¿Qué logro con oír? Eso me desespera más que la miseria en que vivimos. (**Entra CONSUELO, la, mamá. Viene de la calle y trae paquetes**).

CONSUELO. – ¿Para qué te levantaste tan temprano, hijita?

CHELA. – La costumbre, mamá. Buenos días.

FICO. – Buenos días, mami.

CONSUELO. – Mis amores ¡Recíbanme esto, que pesa!...

CHELA. – Te había podido acompañar.

CONSUELO. – Me dio lástima despertarte. Pero ya está el mercado. Hice milagros, eso sí, con lo que sobró del arriendo y lo que me pagaron de las costuras. Peleando centavo, pero alcanzó. ¡Hasta para tus cigarrillos, Fico!

FICO. – Gracias, vieja. Eres adivina la abraza.

CONSUELO. – No te pregunto si dormiste, porque cuando fui a llevarle el tinto, creyendo que estudiarías hasta la madrugada, ya estabas roncando.

FICO. – Pero no por pereza.

CONSUELO. – Lo sé. ¡Pobre mijo!

FICO. – Me dormí sin querer, Pero después estuve desvelado toda la noche, pensando que esta vida mía es un lujo absurdo; que debo archivar los libros y buscar un puesto.

CONSUELO. – Mientras yo viva, no harás eso. Serás ingeniero, cueste lo que cueste.

CHELA. – Eso le decía yo.

FICO. – ¡Ingeniero a costa de esta esclavitud en que viven tú y Chela! ¡Y dentro de cinco años!

CONSUELO. – Cinco años pasan en un soplo.

CHELA. – Y entonces nos tocará el desquite.

FICO. – Hoy, por ejemplo, me tiene rabioso pensar que todo el mundo puede salir al campo, menos nosotros; y que todavía no sabemos qué cosa es un veraneo.

CHELA. – Ojos que no ven, corazón que no siente.

CONSUELO. – ¡Pobres mis hijos! Algún día, algún día nos dará Dios ese gusto. ¡Se lo he pedido tanto!... ¡Por que sí es un gran gusto!

FICO. – Y a ti te hace más falta que a nosotros. El médico te dijo que necesitabas un cambio de clima.

CONSUELO. – No sólo el cuerpo me lo pide. También el espíritu. Recuerdo tanto que, cuando soltera, no perdía un solo año. Íbamos con frecuencia a nuestra finquita de Ubaque.

CHELA. – ¿Y te divertías mucho?

CONSUELO. – Eso sí, ¡Qué cabalgatas! ¡Qué bailes hasta el amanecer, con música de cuerda!! Al que se quedaba dormido, lo despertaba una serenata. . ¡Me queda el consuelo de que ahora es todo tan distinto! El romanticismo se acabó.

FICO. – Déjame trabajar un año. Un año nada más. Veraneamos con mis ahorros y vuelvo a la universidad.

CONSUELO. – Ni me hables más de eso. Sé que si sueltas los libros, les vuelves del todo la espalda.

FICO. – Vamos a Ubaque, a comer naranjas al pie del árbol, y a recoger tus pasos. ¡A buscar a Felipe, el niño ese de quien tanto nos hablas, que llevabas siempre en ancas de tu caballo!

CONSUELO. – ¡Quién sabe qué suerte habrá corrido!

CHELA. – ¿El que te ayudaba en los amores con papá.

CONSUELO. – El mismo. ¡Ah, Felipe!, ¡Un loco encantador!

CHELA. – Pues yo iría a cualquier parte, menos a Ubaque; porque si he de levantar allá un marido como papá.

CONSUELO. – No eres la llamada a juzgarlo.

CHELA. – ¿No oí acaso todo lo que él te dijo anoche?

CONSUELO. – Lo mismo de siempre. ¿Y qué?. Ya sabemos que cuando viene con tragos.

FICO. – ¿Y cuándo no viene con tragos?

CONSUELO. – ¡Fico!

FICO. – Perdón, mamá. ¡Admiro y respeto tu abnegación! Pero, francamente, me duele que, mientras yo por complacerte estoy con las manos atadas, viéndolas trabajar tanto a ustedes dos para sostener la casa, él, después de venderte todo lo que tenías.

CONSUELO. – Hablemos de otra cosa.

CHELA. – Sí, es mejor.

FICO. – Acéptenme entonces, un veraneo con la imaginación.

CONSUELO. – Voy a arreglar la despensa y a preparar el almuerzo. ¿No ven que no tengo sirvienta?

FICO. – No me desprecies lo único que puedo ofrecerte. A ver. Vuelves a tus veinte años. Vas a caballo. Toma (**Le da la escoba**). ¡El caballo de siete colores!

CONSUELO. – Loco.

CHELA. – Y en la primera tienda, ¡plun! Encuentras a papá,

FICO. – Y el te ofrece un ron.

CONSUELO. – No más bromas, que se atrasa el almuerzo.

CHELA. – Lo que le ofreció fue un porvenir. Tu encantada.

CONSUELO. – Me enamoré de él al momento; pero en casa se oponían muchísimo.

FICO. – ¿Por lo de los tragos?

CONSUELO. – Sí. Y además, por que él era conservador, y los míos todos tan liberales. No podíamos vernos sino a escondidas.

CHELA. – Mírenla. ¡Qué buen ejemplo!

CONSUELO. – Nos valíamos de Felipe para los papelitos y las razones. ¡Ah, Felipe!... En fin: el hecho fue que me encapriché.

FICO. – ¿Y ahora te arrepientes?

CONSUELO. – ¡Iré a arrepentirme, con estos dos hijos que son toda mi felicidad! Lo demás, ¿qué importa?

CHELA. – Cuéntanos.

CONSUELO. – No más, no más.

CHELA. – Las primeras peleas, ¿fueron por política?

CONSUELO. – Nunca me importó que él fuera conservador. Ni por eso dejé de ser tan liberal como los míos. Ni él me pidió nunca que me volteara.

CHELA. – Es lo único en que estoy de acuerdo con papá y en desacuerdo contigo. Y no me pesa. ¡En mi conservatismo intransigente! ¡Lo llevo en la sangre!

FICO. – Al fin y al cabo, ¿qué quiere eso decir? ¡Liberales! ¡Conservadores! Estos dizque defienden la unión entre la Iglesia y el Estado, y los otros la armonía entre la Iglesia y el Estado. ¿Cuál es la diferencia entre unión y armonía?. y si la hay, ¿será motivo para tantos odios?

CONSUELO. – Bien, bien.., No más política.

FICO. – Sí. A veranear más bien. ¡Adelante, Chela! (**Dándole una prenda imaginaria**). Ponte este slak a la dernier de París. Yo me quito saco, mangas y corbata. Ahora, cinco al traganquel.

FICO y CHELA. – (**Bailan y cantan una canción de moda**).

(**Entra FEDERICO en bata**).

FEDERICO. – (**Furioso**). ¿Qué alboroto es ese, caray? ¿Qué es esto?

FICO y CHELA. – (**Siguen con la canción sin tomarlo en cuenta**).

FEDERICO. – (**Más indignado**). ! Que qué es esto!

FICO y CHELA. – (**Salen cantando y bailando**).

(**Mutis de FICO y CHELA, cuya alegría se desvanece poco a poco entre bastidores**).

CONSUELO. – ¿Es delito cantar y bailar? Están contentos. O tratan de engañarse; porque quizá en el fondo les sobre tristeza.

FEDERICO. – Sabiendo que estoy acostado, es falta de consideración. Además, les llamo la atención y siguen. Ya no respetan el principio de autoridad.

CONSUELO. – Ni tú les enseñas a respetarlo. Ellos dormían también a la madrugada, cuando los despertaste con tu escándalo.

FEDERICO. – ¡Ah, es represalia! ¡Y tú los induces!

CONSUELO. – Siquieres juzgarlo así. En fin: déjame ahora tranquila. Te lo agradecería.

FEDERICO. – Y la culpa es tuya; porque a él le sostienes la holgazanería, y a ella le permites que vaya a trabajar contra mi voluntad.

CONSUELO. – Si ella y yo no trabajáramos.

FEDERICO. – Sabe Dios en qué malos pasos andará ya. Si esa muchacha se pierde, la responsabilidad va a ser de...

CONSUELO. – Mía, sí.

FEDERICO. – Muchachos: ¡vengan acá!

CONSUELO. – ¿Vas a seguir con ellos? ¿No estás contento con todos los horrores que me dijiste a mí?

FEDERICO. – ¿Yo?

CONSUELO. – ¿No te acuerdas?. ¡Siempre es lo mismo.

FEDERICO. – No recuerdo nada. ¡Palabra!. ¡Te lo soñaste!

CONSUELO. – Quizá. Y como ya estoy cansada de esta clase de sueños, de tus celos absurdos, de tus calumnias.

FEDERICO. – ¿Cuáles calumnias?

CONSUELO. – ¡Quieres que te repita lo que me gritaste ¿O quieres que sean ellos mismos quienes te lo recuerden? Llámalo, pues. Ellos oyeron.

FEDERICO. – ¿Qué oyeron?

CONSUELO. – Mira: ya estoy cansada de esta comedia. Todas las mañanas ignoras lo que pasó a tu llegada, y a base de esa ignorancia, vuelves a tomar por la tarde.

FEDERICO. – Dos traguitos nada más.

CONSUELO. – Federico: lo he pensado mucho y te hablo muy en serio esta vez. Vamos a separarnos.

FEDERICO. – ¿Tan brava estás?

CONSUELO. – No debes vivir con una mujer que no estimas, que juzgas mal, que te pone en ridículo, que ni siquiera puedes sostener.

FEDERICO. – Ah, es entonces a causa de mi mala situación.

CONSUELO. – Tu mala situación es lo de menos.

FEDERICO. – Pero. Si yo te quiero.

CONSUELO. – Ojala me quisieras.

FEDERICO. – ¿Ahora vas a llorar?

CONSUELO. – ¿Tampoco puedo llorar?

FEDERICO.-Venga mi gata arisca. ¿Hay que pedirte perdón?

CONSUELO. – Eres sádico, Federico.

FEDERICO. – Venga acá esa negra rencorosa,

CONSUELO. – Me contentas para volver a insultarme esta noche.... Si no fuera por mis hijos.

FEDERICO. – Por ellos, entonces. Una sonrisita. Agó la niña.

CONSUELO. – Hasta risa me da verte tan inconsciente.

(Entra de la calle FELIPE en puntas de pies, y a espaldas de CONSUELO).

FEDERICO. – **(Extrañado).** ¿Qué desea usted?

FELIPE. – **(Se lleva el dedo a los labios y luego tapa los ojos de CONSUELO).**

CONSUELO. – Suéltame, Fico. Vete, que estoy hablando con tu papá.

FEDERICO. – **(Furioso).** ¿Quién es usted?

FELIPE. – Adivínalo, hombre.

CONSUELO. – (*Retirándose aterrada, al sentir una voz extraña*). ¿Qué es esto?... ¿Qué?... ¿Quién es usted?

FELIPE. – ¿Todavía no caen en la cuenta?... Llamen entonces a la policía.

FEDERICO. – Pues...

CONSUELO. – No sé.

FELIPE. – ¿Se dan por vencidos? A la una, a las dos y a las...

FEDERICO. – (*A CONSUELO*). ¿Quién es?

CONSUELO. – No sé.

FELIPE. – ¡Soy Felipe!

CONSUELO. – ¡Felipe!... ¡Qué!

FEDERICO. – ¿El de Ubaque?

FELIPE. – ¿Y entonces?

FEDERICO. – ¡Quién te iba a reconocer! ¡Si son.

CONSUELO. – ¡Veinte años!

FELIPE. – ¡Exacto!

CONSUELO. – ¡Es otro!

FELIPE. – ¡Claro! ¡Lo que va de un niño a un hombre!

FEDERICO. – Pero. ¿qué te habías hecho?

CONSUELO. – ¡De veras! ¡Ni más!

FELIPE. – Me tragó la tierra, Al fin se arrepintió, y aquí estoy.

CONSUELO. – Si te veo por la calle, ¡qué voy a reconocerte!

FEDERICO. – Ni yo.

FELIPE. – ¿De manera que siempre te convenció este borrachín, a pesar de la filiación política que tanto alarmaba a los de tu casa?. ¡Hasta te haría cambiar de partido!

CONSUELO. – ¡Eso sí que no!

FELIPE. – Fíjense: y después dicen que la unión nacional es invento nuevo. Te habrá ido, eso sí, como a los perros en misa, ¿no es cierto?

CONSUELO. – Pues así... Así.

FEDERICO. – A veces se le encabritan la dignidad y la fe en mí; pero ahí va llevando su cruz.

FELIPE. – ¡Qué gusto encontrarlos! Ahora sí, un abrazo. ¿Puedo abrazarla?

FEDERICO. – ¡Claro que sí!

FELIPE. – (*Abrazándola*). Al fin y al cabo, bastante lo hice cuando me llevaba en ancas, para que le sirviera de correveidile. y cuando me sentaba en sus rodillas, a tirarme del pelo. ¿Repto?

CONSUELO. – Me encantaba jugar con tus crespos.

FEDERICO. – Pero siéntate., siéntate. Dame tu sombrero

CONSUELO. – Cuenta: ¿y qué te hiciste, ingrato.

FELIPE. – Me dio por viajar América. Europa. Asia.

CONSUELO. – ¿De veras? ¡Qué felicidad,

FELIPE. – Le gané al judío errante. Pero sin olvidarlos un solo día. Hasta ustedes tuvieron la culpa de que al fin me diera el mal de tierra. Regresé al país hace un año, a una finquita que heredé en Boyacá.

CONSUELO. – ¿En clima caliente?

FELIPE. – Deliciosamente tibio. como el de Ubaque. Tengo allá un pequeño paraíso, sin frío ni calor, sin plaga, lleno de frutales y paisajes.

FEDERICO. – ¡El hombre de suerte.

CONSUELO. – ¡Qué diferencia con nosotros!. En veinte años, no hemos salido de Bogotá.

FEDERICO. – Pero, ¿cómo fue para que vinieras a dar hoy aquí?

FELIPE. – Los oí nombrar por casualidad. Me dieron la dirección, y volé como un rayo.

CONSUELO. – ¡Siempre impulsivo! ¿Te acuerdas, Federico, que nunca quería dejar nada para el día siguiente?

FELIPE. – Pero cuéntame: ¿Y ésta, a pesar de haber perdido tanto la línea. salió con nada?. ¿Resultó de silencio?

CONSUELO. – ¡No, a Dios gracias!

FEDERICO. – ¡Si la prole ya está tan grande como nosotros!

FELIPE. – ¿Cuántos?

CONSUELO. – Una pareja.

FELIPE. – ¿Y por dónde andan?

CONSUELO. – Por ahí dentro.

FELIPE. – Pues a presentarme como el autor intelectual de sus días.

CONSUELO. – ¡Fico... Fico!

(**Entra FICO**).

FICO. – ¿Qué quieres, mamá?

CONSUELO. – Aquí tienes a Federico Segundo. Le decimos Fico, para distinguir.

FELIPE. – ¡Un hombre hecho y derecho!

FICO. – Mucho gusto, señor,

CONSUELO. ¿Sabes quién es? ¡Felipe! Del que tanto les he hablado. Del que hablábamos hace un momento.

FEDERICO. – ¿Hablaban de él?

FELIPE. – Fíjate: y después dicen que no hay telepatía, ¡Pero qué muchachazo. ¿Y qué salió en política? ¿Godo como el papá?

FICO. – No... ¡No!...

FELIPE. – ¿Rojo como la madre, entonces?

FICO. – No soy nada todavía.

FELIPE. – Malo, malo. Aquí nadie entiende la indiferencia ni la imparcialidad.

CONSUELO. – Va a ser arquitecto.

FELIPE. – Razón de más para que se defina. En este país es imposible construir nada al margen de los partidos históricos.

FEDERICO. – (A **FELIPE**). Y tú, ¿tan liberal como siempre?

FELIPE. – Le di la vuelta al mundo, cambié mucho de itinerario. Pero en cuanto a ideas, rojo me fui y rojo he vuelto.

FEDERICO. – ¿Y, te dejan vivir en Boyacá?

FELIPE. – Claro que sí.

CONSUELO. – ¿No dicen que la política está allá muy fea?

FELIPE. – Quizá. Pero en mi vereda no se encuentra un godo ni para un remedio. Los corrimos a todos.

CONSUELO. – Prepárate entonces a discutir con Consuelito, que salió al papá.

FEDERICO. – Y no por presión, sino por convicción y libre determinación.

FELIPE. – ¿Dónde está, para abrir de una vez el debate?

CONSUELO. – (Llamando). Chela. Mijita. Ven... Ven, si. Es persona de confianza. Nada menos que Felipe... ¡Felipe!

(**Entra CHELA**).

CHELA. – ¡Qué vergüenza! ¡Me encuentra usted tan desarreglada!

FELIPE. – ¡Pero es sorprendente! ¿Y se llama también Consuelo?

CONSUELO. – Todos dicen que, físicamente, soy yo a su edad.

FELIPE. – La misma, la misma. Siento hasta escalofrío. Me parece que vuelvo a tener pantalón corto.

CHELA. – ¡Cuánto gusto de verlo por acá (**le tiende la mano**).

FELIPE. – ¿La mano? ¡Nada!. ¡Un abrazo y a tutearme!

CHELA. – ¿Tan de repente?

FELIPE. – Yo soy así: repentina.

CHELA. – Habrá entonces que... Que complacerlo.

FELIPE. – ¿Cómo? ¿Cómo?

CHELA. – Que complacerte, pues. Ahí está (**lo abraza**).

FELIPE. – Hasta en la sonrisa. Hasta en la sonrisa es igualita a ti, Consuelo. No hay entre las dos más diferencia que...

CONSUELO. – Veinte años.

FELIPE. – ¡Y la filiación política!

CHELA. – ¡Ah, eso sí! Soy conservadora hasta la coronilla: archipapista, superdoctrinaria y ultrajaveriana.

FELIPE. – Aplaudo esa integridad,

FEDERICO. – Lo que se hereda no se hurta. Bien: te dejo un momento con la prole y la costilla mientras me visto. Supongo que la visita no será de médico.

FELIPE. – Me estoy aquí hasta que me echen. ¿Te parece bien?

FEDERICO. – Almuerzas con nosotros.

FELIPE. – ¡Encantado!

CONSUELO. – Te advierto, eso sí, que es almuerzo de pobres. Ni servicio tenemos ahora.

FEDERICO (*Haciendo mutis*). Eso sí muy de pobres.

(Sale *FEDERICO*).

FELIPE. – Admirable. Yo sirvo a la mesa.

CHELA. – ¡No faltaba más!

FELIPE. – Y en tanto, vamos a celebrar el encuentro con algo húmedo. Toma las llaves de mi carro, Fico. Sobre el asiento de atrás hay dos botellas de whisky que le traje a tu taita. Vamos a darles mate.

CONSUELO. – Oye: es mejor que no. Regálale cualquiera otra cosa.

FELIPE. – ¿Qué ¿Le tienes miedo al trago, después de veinte años de felicidad conyugal?

CONSUELO. – Precisamente.

CHELA. – Yo sí, les digo con franqueza, tengo deseos de alegrarme un poco. y como aquí no hay sino agua. Y eso si no la han cortado.

FICO. – ¿Voy, mamá?

CONSUELO. – Ve, pues,

(Sale *FICO*).

CHELA. – Dime, Felipe: ¿Y ese auto tan lindo que está en la puerta, es tuyo?

FELIPE. – Y tuyo, nena.

CHELA. – ¿Vives en Bogotá?

FELIPE. – No. El frío durante todo el año me acobarda. Vivo entre naranjos y platanales, oyendo el ruido de una quebrada y viendo las pepas rojas del café. Es un edén. Que se llama, precisamente, El Edén.

CHELA. – ¡Uy, cállate!

FELIPE. – ¿Por que. ¿No te gusta que las pepas del café sean rojas ¿Hasta allá aborreces a los rojos? También hay cielo azul... Y aguas azules... Y pájaros azules.

CHELA. – Así ya es distinto. (**Se retira**).

FELIPE. – ¿Te asusto ahora mi corbata roja?

CHELA. – Voy a ayudarle a Fico. Y a curiosear el carro de cerca.

(**Sale CHELA**).

FELIPE. – Adorable tu chica.

CONSUELO. – Pobrecita. Quién sabe qué suerte le toque.

FELIPE. – ¿Estudia?

CONSUELO. – Trabaja,

FELIPE. – ¿Trabaja?

CONSUELO. – Tuvo que emplearse. La vida es tan difícil ahora. El sueldo de Federico no alcanza para nada.

FELIPE. – Me lo imagino. ¡Qué va alcanzar!

CONSUELO. – Todo lo que te diga es poco acerca de nuestra mala situación.

FELIPE. – Pero... ¿Feliz?

CONSUELO. – Ahí. A Dios rogando y con el mazo dando. Pero hablemos de ti. ¿Te casaste?

FELIPE. – No.

CONSUELO. – ¿Por qué? ¡Y habiéndole dado la vuelta al mundo! ¡Increíble!

FELIPE. – No he encontrado todavía mi media naranja, ni siquiera entre mi naranjal. Además, cuando llega el amor, siempre estoy de viaje con rumbo desconocido, y lo asusto por exceso de afán.

CONSUELO. – Lo creo.

(*Entran FICO y CHELA con una botella de whisky cada uno*).

FICO. – Aquí hay una.

CHELA. – Y aquí hay otra.

FELIPE. – Rompe el fuego, Chela.

CHELA. – Yo sí.

FICO. – Y tú también, vieja. ¡Hoy se invierten aquí los papeles!

CONSUELO. – Shh.

CHELA. – Será entonces... Por El Edén.

FICO. – ¿Dónde queda El Edén?

FELIPE. – Siguiendo la brújula.

CONSUELO. – ¿Y hoy mismo regresas?

FELIPE. – Preferiría no hacerlo; pero...

FICO. – ¡Cómo son las cosas! El con deseo de quedarse y nosotros locos por salir.

CHELA. – ¡Locos!

CONSUELO. – ¡Los pobres! A duras penas conocen los alrededores: el Salto de Tequendama y las Salinas de Zipaquirá.

FELIPE. – ¿Y quieren ir más lejos? Facilísimo.

CHELA. – Para el que anda, como tú, sobre ruedas. Pero los pobres peatones que vivimos al día.

FICO. – ¿Al día? ¡A la víspera!

FELIPE. – ¿Por qué no se vienen conmigo?

CONSUELO. – ¡Qué locura!

FELIPE. – ¿Dónde está la locura? Cabemos todos en el carro; y en la finca de sobra.

CHELA. – Sería ideal,

FELIPE. – ¡Vamos a realizar ese ideal!

CONSUELO. – Cualquier día. ¿Por qué no? Vas a ver que no echamos la oferta en saco roto.

FELIPE. – ¿Y por qué no hoy?

CHELA. – ¿Hoy?

CONSUELO. – Imposible.

FELIPE. – ¿Dónde está el imposible? Se aprieta el acelerador, rumbo al norte, y...

FICO. – De veras, mamá. ¿Por qué no? ¡Piensa lo que eso sería para Chela! ¡Pasar sus vacaciones en el campo!

FELIPE. – ¿Estás de vacaciones?

CHELA. – Desde hoy.

FELIPE. – Razón de más para que sea hoy mismo. Vine como llovido del cielo.

CONSUELO. – Comprendo que la propuesta es tentadora; pero... ¿Cómo vamos a abusar de ti en esa forma?

FELIPE. – Me darían el más grande placer de mi vida.

CONSUELO. – Además, quién sabe qué dirá Federico.

FELIPE. – ¿No contribuí a hacerlo feliz?. Pues le cobro en esa moneda.

CONSUELO. – Pero... Pero... ¿Sin estar preparados?

FELIPE. – No es viaje a la luna.

CONSUELO. – ¡Sin ropa lista!

FELIPE. – Allá se puede estar hasta sin ropa. ¡Todo el día en vestido de baño, a la orilla del río!

CHELA. – ¡Ay, qué tentación!

FICO. – ¿Y es fácil aprender a nadar, ala?

FELIPE. – ¡Muerto! Ya verás... Se hace así... Luego así.

FICO. – Me apunto. Si ellas no van, voy yo.

FELIPE. – Así me gusta. Ya tengo un voto. ¿Tú qué dices, Chela?

CHELA. – ¡Que... (*Mira a, la MAMÁ*). Se me vuelve la boca agua. Pero...

CONSUELO. – ¿Y cómo dejar la casa sola?

FELIPE. – Respondo por lo que se roben en tu ausencia.

FICO. – Para lo que hay que robar aquí.

CHELA. – ¿Qué dices, mamá?

CONSUELO. – Me encantaría por mis hijos; pero... Esperemos a ver qué dice su papá.

CONSUELO. – Tú siempre impulsivo.

FELIPE. – ¿Dónde están las maletas? ¡Manos a la obra!

(*Salen FELIPE, CHELA y FICO*).

CONSUELO. – Pero escucha... Un momento... ¡Ave María! ¡Siempre igual!

(*Entra FEDERICO*).

FEDERICO. – ¿Qué se hizo?

CONSUELO. – Se fue con los muchachos.

FEDERICO. – ¿Para dónde?

CONSUELO. – Imagínate: dizque a ayudarles a hacer equipaje.

FEDERICO. – ¿Equipaje? ¿Para qué?

CONSUELO. – Empeñado en llevarnos para su finca.

FEDERICO. – ¿A quiénes?

CONSUELO. – A todos nosotros.

FEDERICO. – ¿Cuándo?

CONSUELO. – Que ahora mismo.

FEDERICO. – ¿Me estás tomando el pelo?

CONSUELO. – Míralo allá, revolviendo ropero.

FEDERICO. – Imposible.

CONSUELO. – Eso digo yo.

FEDERICO. – ¡Cómo! ¡Sin ningún preparativo!

CONSUELO. – ¡Y sin un centavo!

FEDERICO. – Yo no voy a pasar vergüenzas.

CONSUELO. – Tú verás qué disculpa le damos.

FEDERICO. – que Consuelo tiene que ir a la oficina.

CONSUELO. – Ya sabe que está en vacaciones.

FEDERICO. – Entonces que... Como la situación política en Boyacá está tan escabrosa.

(**Entra FELIPE**).

FELIPE. – Ya puse en marcha a los muchachos. Ahora vamos con los viejos.

FEDERICO. – Óyeme, Felipe. Estaba hablando de eso precisamente con mi mujer. Te agradecemos mucho; pero resulta que...

FELIPE. – No hay peros que valgan.

FEDERICO. – Tengo que hacer hoy precisamente algunas diligencias inaplazables. La lucha por el vil centavo, tú comprendes.

FELIPE. – Te llevo más oficio del que crees. Y para muestra, basta un botón (*le da una botella*). ¡Arrea!

FEDERICO. – Trago te acepto. Todo el que quieras.

CONSUELO. – No, Federico. No.

FELIPE. – Déjalo. Hoy está por mi cuenta. Y conste que, aunque opuestos en política, por ahí nos identificamos. ¡Copartidarios de Baco!, ¿no es cierto?

FEDERICO. – (*Después de tomar*). Pero, hablemos con toda franqueza... Nuestra situación no nos permite movernos de aquí.

FELIPE. – ¿Es por plata? No seas bobo. ¡Sí a mí me sobra!

FEDERICO. – ¿Cómo vamos a aceptar semejante cosa? Sería indelicadeza.

CONSUELO. – Dejémoslo para otra ocasión, ¿quieres?

FEDERICO. – Sí. Te prometo que a tu próximo viaje.

FELIPE. – En mi próximo viaje estarás en peor situación que hoy.

FEDERICO. – ¡Pudiera ser!

FELIPE. – Lo que te ofrezco son simples excedentes. Lo que estoy mandando al Directorio Liberal. Déjame hacer también algo por el partido conservador.

FEDERICO. – Por eso sí, todo lo que quieras.

(*Entra FICO, y tras él CHELA*).

FICO. – Papá: estos pantalones te quedan altos. ¿Los puedo usar?

CHELA. – ¿Y yo, mamá, tu camisón rosao?

CONSUELO. – Aguarden un momento. No se precipiten.

FICO. – ¿Por qué?

CHELA. – ¿Ya no vamos?

FELIPE. – Ese sobresalto de los chicos, ¿no es el mejor argumento en mi favor?. Sí vamos, no se afanen.

FICO. – ¡Qué bien!

CHELA. – ¡Qué dicha!

FEDERICO. – ¿Qué hacemos... Consuelo?

CONSUELO. – Tú dirás, Federico.

CHELA. – ¡Ay, papá: sí!

FICO. – ¡Sí, mamacita

CONSUELO. – Pues por mí. Con tal de verlos contentos.

FEDERICO. – Bueno: ¡qué caray! Si estás botando la plata en la forma que dices, te acepto el paseito. Y hasta algo a buena cuenta.

CHELA. – ¡Bravo!

FICO. – ¡Bravo!

FEDERICO. – Y otro trago también, ¿no te parece?

FELIPE. – En eso iremos siempre de acuerdo.

CONSUELO. – ¡No más, Federico! ¡Por favor!

CHELA. – Voy en un momento a la casa vecina, a ver si me prestan un vestido de baño.

FICO. – Y la máquina de retratar.

FELIPE. – De todo eso hay en El Edén. Hagamos más bien el equipaje de los viejos. Vamos. Vamos.

(Salen **FELIPE**, **FICO** y **CHELA**).

FEDERICO. – Está buenazo este whisky.

CONSUELO. – No tomes más. ¡Te lo suplico!

FEDERICO. – El último.

CONSUELO. – Ya llevas tres.

FEDERICO. – Dos nada más.

CONSUELO. – Vas a dar espectáculo delante de Felipe.

FEDERICO. – Esto es más bien un tónico. Un alimento.

CONSUELO. – Voy entonces a ver qué llevo.

FEDERICO. – Oye, Consuelo.

CONSUELO. – ¿Qué?

FEDERICO. – Estoy cambiando de opinión. (**Se toma otro trago**). No vamos.

CONSUELO. – ¡Que no tomes más, te ruego! (**le quita la botella**).

FEDERICO. – He dicho que no vamos, y se acabó.

CONSUELO. – ¿Por qué, si ya estabas de acuerdo?

FEDERICO. – Tú lo sabes mejor que yo.

CONSUELO. – Comprendo que es vergonzoso ir así, a costa de él; pero...

FEDERICO. – No me creas tan idiota.

CONSUELO. – ¿Quéquieres decir?

FEDERICO. – Que aquí hay gato encerrado.

CONSUELO. – ¿Con qué absurdo vas a salir ahora?

FEDERICO. – ¿Por qué viene ese hombre a invitarnos de manera tan sorpresiva y a la vez tan apremiante?

CONSUELO. – El es así desde niño. Ya lo conoces.

FEDERICO. – Como que tú lo conoces mejor que yo.

CONSUELO. – ¿Por dónde se te va a ir ahora la imaginación?

FEDERICO. – Parece más bien que esto hubiera sido acordado previamente... A espaldas mías.

CONSUELO. – Sí. Mientras te quitabas la bata.

FEDERICO. Al entrar aquí sin anunciarse, pensó que estabas sola. Y así lo habrá hecho varias veces.

CONSUELO. – Ya empiezas otra vez con tus barbaridades.

FEDERICO. – ¿Cómo es posible que un hombre que no nos ve hace veinte años, se presente de pronto tapándose los ojos. con el carro listo para viajar. con el plan ya hecho. el día preciso en que Chela pide sus vacaciones?. ¿Estará pensando que a mí también me puede tapar los ojos?

CONSUELO. – ¡Se me puso! ¡No tengo derecho a un minuto de paz! Parece que tu misión no fuera sino la de amargarnos la vida.

FEDERICO. – ¿Me vas a hacer creer que un individuo soltero, amigo de su libertad, y del trago, se hace cargo de toda una familia en esta forma, desinteresadamente?

CONSUELO. – Esta vez no te admito que hables así.

FEDERICO. – Deja tu hipocresía. Ve a decirle que a mí nadie me engaña: ni él. Ni tú.

CONSUELO. . – Mira: esta vez se llenó la copa. No soporto más. Ve tú a decirle lo que quieras, canalla. Yo le diré el resto: que vivo en un infierno, trabajando como esclava para defender un hogar que tú no estimas, ni entiendes, ni sostienes siquiera.

FEDERICO. – ¿Trabajando? ¡Quién sabe de dónde vendrá el pan que aquí se come cuando no soy yo quien lo traigo. ¿Con que. Sus hijos intelectuales?

CONSUELO. – ¡Cállate, monstruo!

FEDERICO. – ¡Cínica! Yo también le diré quién eres tú, para que te conozca a fondo, para que tus hijos te vuelvan la espalda.

CONSUELO. – Acepto el reto, ¡Corre!

FEDERICO. – Pero no antes de darte tu merecido (*trata de golpearla*).

CONSUELO. – ¡Atrévete! (**Toma una botella**). ¡Esta vez no me tocas! ¿Lo oyes?

FEDERICO. – Tienes quién te arme y defienda.

CONSUELO. – Oye: nos vamos con Felipe, pienses lo que pienses, digas lo que digas y hagas lo que hagas.

FEDERICO. – ¿Te descaras, entonces?

CONSUELO. – Piensa lo que quieras.

(**Entra FELIPE**).

FELIPE. – Aquí está el único equipaje que tú puedes llevar: los calzoncillos de amarrar, que usaban nuestros abuelos.

CONSUELO. – ¿qué hubo?... ¡Dile!... ¡Háblale!

FEDERICO. – Oye, Felipe.

FELIPE. – ¿Qué pasa? ¿Qué caras son esas?

FEDERICO. – Pues, te diré que...

FELIPE. – ¿Qué?

FEDERICO. – Que pensando bien la cuestión. Tal como están ahora los ánimos en Boyacá.

FELIPE. – No seas flojo. Es más lo que exageran de una y otra parte. Ya verás.

FEDERICO. – Es mejor no. Y menos con los muchachos.

FELIPE. – Respondo de todos. ¡Vamos! ¿Dónde están las llaves del portón?

CONSUELO. – Pero dile el verdadero motivo.

FELIPE. – No acepto ninguno. Se cerró el debate.

CONSUELO. – El insiste en quedarse; pero yo voy con los muchachos. No les quitaría por ningún motivo esa ilusión.

FELIPE. – Ya sé. Sigues con tus escrúpulos de dinero.

FEDERICO. – Francamente, si.

CONSUELO. – Y tiene razón. Es menos indelicado que solamente vayamos contigo mis hijos y yo. ¿No es así, Federico?

FELIPE. – Pero si yo quiero que estemos todos juntos (*la abraza*). Esa es la gracia. ¿Vas a quedarte regado por semejante tontería?

CONSUELO. – No insistas más. Déjalo hacer lo que él quiera.

(*Entran CHELA y FICO*).

FICO. – ¿Qué hubo?

CHELA. – Tu maleta, mamá. Es lo único que falta. Ve a cerrarla.

CONSUELO. – Voy, si.

FELIPE. – (*A FEDERICO*). Entonces. ¿Vienes o te quedas?

FEDERICO. – ¡Qué remedio! Será acompañarlos.

FELIPE. – (*Lo abraza*). Te lo agradeceré toda la vida. ¡A bordo entonces! Date prisa, Consuelo.

CONSUELO. – Estoy lista en cinco minutos.

(*Sale CONSUELO a toda prisa*).

FELIPE. – No quiero que nos anocezca antes de pasar por Tunja. Allá los liberales no tienen derecho a trasnochar.

CONSUELO. – (*Fuera*). Vayan subiendo al automóvil.

CHELA. – (*Tomando el brazo de FEDERICO*). ¡Vamos, papá! ¡Deja de fruncir el ceño alguna vez!

FICO. – (*tomándolo del otro brazo*). ¡A Boyacá, carrera mar!

(*E inician mutis cantando*).

CORO. – A Boyacá me voy. A Boyacá me voy.

TELON

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Camino de Boyacá, hacia tierra templada. Al fondo, choza con puerta practicable, entre cercas de piedra, sobre un horizonte de serranías.

Afuera, música de PROMESEROS.

CIRILO, un degenerado por la anemia tropical, está en cuclillas ante la puerta, en la que aparece PRESENTA, la ventera.

PRESENTA. – Cirilo. Cirilo.

CIRILO. – (*Levantándose perezosamente*). ¿Su mercé?

PRESENTA. – ¿Quiénes vienen tocando?

CIRILO. – (*Observando*). Parecen rojos.

PRESENTA. – Sea quien sea, es mejor trancar la puerta, Diga que no hay naiden.

CIRILO. – Sí, sumercé. (*Se coloca en actitud mendicante*).

(PRESENTA entra al interior de la choza y cierra la puerta. Aparecen los PROMESEROS con instrumentos de cuerda. La PROMESERA lleva un niño de brazos envuelto en el pañolón y lo arrulla a compás).

GUABINA

A Chiquinquirá me jui
Como cualquier promesero,
A ratos pu entre el camino
Y a ratos pu entre el potrero
Llevando con mi dulzaina
La muchacha que más quero.
Y en después de andar y andar
Topé a la Virgen María
Esperándome en su altar.
Y lo que pasó aquel día.
Comadre: si no sabía
Ora le voy a contar...
San Pedro me dio la ruana,
Santa Bárbara el sombrero,
San Roque las alpargatas,
San Juan el carriel de cuero,
San Gabriel el machetito
Y San Esidro el dinero.
Y la corte celestial,
Al ver a la negra mía,
Que taba jenomenal,
Cantaba con alegría:
¡Que viva la mayoría
Del partido libera!

(En el transcurso de las melodías no cantadas, una PAREJA CAMPESINA debe bailar la guabina).

CIRILO. – Una limosnita pal paralítico.

UNO. – -Aquí sí pidamos algo pa la sé que ta haciendo.

OTRO. – (A CIRILO). ¿On ta Presenta?

CIRILO. – No hay nadie. Un socorrito pal paralítico.

UNO. – Güenas taaardes.

PROMESERA. – Comadritaaaa.

OTRO. – Abra, que es gente de paz.

(**PRESENTA abre la puerta**).

PRESENTA. – Hola, compadre! (**A CIRILO**). Idiota: ¿y por qué no dijo que eran ellos?

CIRILO. – Yo... Aaaaa. Eeeeeee.

PRESENTA. – Ya cállate la jeta y andá a vigilar más bien.

CIRILO. – Oooooooo. Uuuuuu... Vooooooy.

(**Sale CIRILO**).

PRESENTA. – Cerré y tranqué, porque, como hay tanto alboroto,

UNO. – ¿Otra vez?

PRESENTA. – Eso ta prendío.

PROMESERA. – Ni diga, comadrita.

PRESENTA. – Ayer, en la venta de mi comadre Ruperta, que taban en una borrachera que ni qué, resulta que mataron un liberal. Entós los liberales mataron un conservador.

PROMESERA. – ¡Santo Dios!

PRESENTA. – Y ora los otros dicen que lo cobran al ciento por uno. Y eso se va a golver el cuentu e nunca acabar.

UNO. – Como no se metan con nosotros.

OTRO. – Que ensayan a ver, qué tanto jilo tiene el machete. Y les encimamos los jósforos pa meterle candela al rancho.

PROMESERA. – Y entós pa qué hicimos la promesa a la Virgen de Chiquinquirá, si no es pa que nos dejen en paz las sementeritas y las cuatro guaduas.

UNO. – Güeno: entós la chichita y pa lante, a ver si llegamos al pueblo antes de que anochezca.

OTRO. – ¿Queda chicha?

PRESENTA. – Si, pero ya saben. Como la prohibió el gobierno, hay que servirla en botella.

PROMESERA. – Masque sea en botella, comadrita.

PRESENTA. – Y si llega la policía, que no los encuentre jartando. La erraman y dicen que era cerveza.

(**Entra CIRILO**).

CIRILO. – Ahí vienen. Ahí veeeeen.

PRESENTA. – ¿Quenes?

CIRILO. – Los gooodos.

PROMESERA. – ¡Ay, virgencita de Chiquinquirá!

OTRO. – Listas las peinillas.

UNO. – (**Esgrimiéndola**). Teneme el tiple.

PRESENTA. – ¿Vienen de rezarle a la Virgen y van a echarle más leña a la hoguera?... Dentren pa dentro más bien.

PROMESERA. – Sí, dentremos.

PRESENTA. – Agáchense mientras pasa. ¡Qui hubo!

(**PRESENTA obliga a los ROMESEROS a entrar en la choza... A poco aparecen el ORADOR y los ASALTANTES**).

ORADOR.- ¿Qué se toman?

UNO. – Ahí será. Lo mesmo que allá atrás,

(**Sale PRESENTA**).

PRESENTA. – ¿Qué se les sirve?

OTRO. – Chicha pa nosotros.

PRESENTA. – Chicha no hay. ¿No ven que ta prohibida ¿Y pal dotor? ¿Una cerveza?, Voy a trerla. (**Entra y la trae**).

CIRILO. – Una limosnita pal paralítico.

ORADOR. – Los despido, pues, copartidarios, y buena suerte. Ustedes deben aniquilar al enemigo para cobrar la sangre azul de Nepomuceno Pataquiva. A imitar al inmortal godo.

TODOS. – ¡Bravo!

ORADOR. – Al inmortal Godo... .fredo de Bouillón. A Ricardo Corazón de León. A Federico Barbarroja.

TODOS. – (**Amenazantes**). No. No, A ese no.

ORADOR. – ¡Calma!, De nombre era Barbarroja; pero de corazón era un gran barba azul.

TODOS. – ¡Bravo!

(**CIRILO sale gateando**).

ORADOR. – (**Patético y dulzón**). Y si topáis con las cándidas campesinas que esperan en el silencio la llegada del bien amado, perdidos los ojos en vagas lontananzas... Llenadlas de...De azul. Y haced que en vuestro honor, y sobre todo en el de ellas, se evoquen las conmovedoras palabras del poeta de América: "La princesa está triste. ¿Qué tendrá la princesa?"...

UNO. – Vamos, muchachos.

TODOS. – Vamos.

ORADOR. – ¿Qué se debe aquí?

UNO. – Nada, dotor. No pague, que esta gente no es nuestra.

(*Salen los GODOS con el ORADOR*).

PRESENTA. – Siquera se jueron. masque no paguen. Taba yo en ascuas. Comadrita: ya.

(*Entra CIRILO*).

CIRILO. – Ahí vienen otros.

PRESENTA. – ¿Rojos o godos?

CIRILO. – Son doootores.

PRESENTA. – ¡Ay, Dios! ¡Como no sean los del resguardo Andá a tapar con los colchones el barril de la chicha, y soltó la perra. (*Hacia dentro*). ¡Esperen, compadres! No salgan entuavía.

(*Sale PRESENTA por la choza. Entran CHELA, FICO y CONSUELO*).

CHELA. – No podía ya más. Iba entumecida, y esta pierna se me durmió. Ayayay.

FICO. – Es que. A ochenta por hora, y sin parar en ninguna parte.

CONSUELO. – (*Estirando los brazos*). ¡Qué alivio!

(*Entran FELIPE y FEDERICO*).

FELIPE. – Me perdonan el record; pero no quería que nos anocheciera en el camino. Aquí, por fortuna, ya no hay peligro.

FEDERICO. – Siento la garganta como si me hubiera tragado todo el polvo de la carretera.

FELIPE. – (*Dándole la botella*). ¡Toma! ¡Humedécela! ¿Y ustedes?. ¿Quieren beber algo?

CHELA. – Una limonada.

FICO. – Yo otra.

CONSUELO. – Yo también.

FELIPE. – ¡Presenta!... ¡Presenta!

(Reaparece PRESENTA).

PRESENTA. – Miren: si es don Jelipe. ¡Y qué bien acompaña viene!

FELIPE. – Tres limonadas aquí.

PRESENTA. – Hay también chicharrón, tamalitos, costilla e marrano matao ayer, lechona fresca, fritanga. ¿Les traigo?

FELIPE. – Como quieras.

PRESENTA. – En seguidita, su mercé. (*Saliendo*). Cirilo: si es don Jelipe. Amarrá la perra otra vez.

(Sale PRESENTA).

CHELA. – ¡Qué sueño de panorama!

CONSUELO. – ¿Todo esto es Boyacá?

FELIPE. – Todo lo que la vista domina. En lo alto, por todos los cerros, Boyacá conservadora. En la hondonada, Boyacá liberal. Aquí comienzan mis dominios. Esto es una especie de frontera.

FEDERICO. – ¿Falta mucho para llegar?

FELIPE. – Allá se ve ya El Edén: ese punto blanco, entre aquellas plataneras. Cuestión de media hora bajando.

CHELA. – ¿Y aquella población grande? (*Muestra hacia el público*).

FELIPE. – ¡Ah, ese es el célebre Campo de Agramante.

CONSUELO. – ¿Liberal o conservador?

FELIPE. – Allá hay de todo. Es un laboratorio de la Unión Nacional.

FEDERICO. – ¿Y se la llevan bien?

FELIPE. – Viven como perros y gatos. Hubo que dividir la población en dos sectores, con media plaza para cada bando y un cordón del ejército en el centro.

FICO. – ¿Y cómo hicieron con la iglesia?

FELIPE. – Muy fácil.

CONSUELO-¿Unos a la derecha y otros a la izquierda?

FELIPE. – No fue necesario Hay misa de doce para los liberales con pastoral de Monseñor Andrade Valderrama; y misa de seis para los conservadores con pastoral del obispo Builes.

(Regresan PRESENTA con fritanga, y CRISTICO con las limonadas).

PRESENTA. – Perdonen la demora; pero no topaba los tiestos.

CONSUELO. – No comprendo por qué no han de vivir en paz.

CHELA. – De veras, ¡En tierras tan encantadoras!

FICO. – ¿No hay quién enseñe tolerancia, respeto a las ideas ajenas?

FELIPE. – ¿Ideas? Si las hubiera.

PRESENTA. – Eso no se da puaquí, sumercé. Lo que se da es el odio, más que la papa y el maíz.

FELIPE. – Es una herencia fatal. Por los indios, la lucha de tribus contra tribus. Por los españoles, la de moros contra cristianos. La mezcla complicó el impulso en vez de calmarlo; y el que no tiene enemigos... Se los inventa.

FICO. – ¿Y qué sucede si los de un bando se pasan al otro?

PRESENTA. – El que pase de un lao pal otro, sea de aquí pa allá o de allá pa ca, que lo mismo da.... ¡ahí queda!

FEDERICO. – Oye, Felipe: ya te complacimos en acompañarte hasta aquí. Pero, tal como veo la situación, es mejor que regresemos a Bogotá.

FELIPE. – De aquí para abajo, yendo conmigo, no hay peligro ninguno.

FEDERICO. – ¿Y si llegan a sospechar que Chela y yo.

FELIPE. – No hablando de política, todo irá sobre ruedas. Quítate, eso sí, la corbata azul. Por aquí se cumple el refrán de que el hábito hace al monje; y en cuanto ven el color enemigo, embisten a ciegas.

FEDERICO. – Insisto en regresar.

FELIPE. – Tómate otro trago y cambiarás de ideas... Voy a revisar el radiador, y en marcha...

CHELA. – ¿Necesitas agua?

FICO. – Yo la llevo... ¿Pero en qué?

PRESENTA. – Venga sumercé le empriesto una totuma.

(*Salen PRESENTA y FICO por la choza*).

CHELA. – (A **FELIPE**). Yo no me devuelvo ni aunque me maten,

FELIPE. – (*Saliendo con ella*). ¿Ni te pasas a los míos?

CHELA. – Muchísimo menos.

FELIPE. – ¿Ni te dejas poner esta bufanda roja?

CHELA. – Primero me ahorcan

(*Salen FELIPE y CHELA*).

FEDERICO. – Oye, Consuelo,

CONSUELO. – Mejor que no hablemos.

FEDERICO. – No creas que si he venido es por condescendencia.

CONSUELO. – Lo sé. Lo has hecho para envenenarnos el veraneo.

FEDERICO. – Lo he hecho porque estoy resuelto a que ustedes no juegan conmigo. A que no se salen con la suya.

CONSUELO. – Mejor es que te devuelvas y nos dejes tranquilos.

FEDERICO. – ¿Devolverme? (*Ríe sardónicamente*). Lo haré, pero después de ajustar cuentas.

CONSUELO. – Ajústalas de una vez.

FEDERICO. – Aguarda. Y por lo pronto, te vas conmigo en el asiento de atrás.

CONSUELO. – Atrás me mareo.

FEDERICO. – Lo que quieras es ir junto a él, y en mis propias narices.

CONSUELO. – Piensa lo que quieras.

FEDERICO. – Te vas atrás

CONSUELO. – Me voy adelante.

FEDERICO. – Atrás.

CONSUELO. – Adelante,

(*Regresan FELIPE, CHELA y FICO; luego PRESENTA*).

FELIPE. – Adelante, pues. Ya está el carro listo.

PRESENTA. – (*A la puerta*)... Salgan, compadres. Ya pueden seguir su camino.

(*Salen los PROMESEROS de la choza, tocando*).

CHELA. – ¡Un momento! No perdamos ese bambuco.

FELIPE. – Dejémoslo para otra ocasión. No conozco esas caras.

CONSUELO. – Oigámoslos, sí.

PRESENTA. – A ver, compadres: ¡A lucirse con los patrones!

CIRILO. – Música pal paralítico.

PROMESEROS. – (Cantando al son de los tiples).

Qué chusca la tierra tibia,
qué chusco volverte a ver
con ese camisoncito
que tiene yo no sé qué.
Un encaje así.
y un escote asá,
y un revuelo. ... en fin,
cuando sopla viento desde el confín.
Ayayayay. Ayayayay.
Nos sorprendió la mañana
por un camino quebrao;
yo con ojos muy abiertos ante los tuyos cerraos;
con mis mejillas ardientes junto a tu pelo rizao.
¡Ahí sos, boquita de cielo!
¡Ahí sos, camisón rosao!

FELIPE. – Fíjate, Federico: eso es alegría liberal.

FEDERICO. – Artistas tan consumados, tienen que ser conservadores.

FELIPE. – Cuidado!

FEDERICO. – ¡A ver, muchachos! Después de esa obra maestra, tenemos que brindar a la salud de...

FELIPE. – ¡Cuidado, hombre! (*Trata de retirarlo*).

FEDERICO. – Déjame. Yo sé lo que hago, Tenemos que brindar a la salud del gran partido conservador.

UNO. – ¿Qué?

FEDERICO. – ¡Viva el gran partido conservador!

OTRO. – (*Amenazante*). Repita.

PRESENTA. – Pero compadre: ¿pa qué va a armar molestia? Sigan su camino y sansiacabó.

FELIPE. – Vamos, Federico.

FEDERICO. – No. Quiero ver qué es la amenaza.

CHELA. – ¡Papá!

CONSUELO. – ¿Cuándo tendré yo paz?

OTRO. – ¿Que qué es la amenaza? ¡Viva el gran partido liberal! Conteste o...

FEDERICO. – ¿Conteste o qué?

OTRO. – (*Al compañero*). Teneme el tiple.

PROMESERA. – Mijito: cálmese. ¡Hágalo por su muchachito!

OTRO. – Ese insulto no se lo tolero a nadie (*Levanta el machete*).

(*En ese momento se oye un disparo. El PROMESERO deja caer el machete y se lleva la mano a la muñeca*).

CONSUELO. – ¡Están disparando hacia acá!

CIRILO. – ¡Los goodos. Los godos otra vez!

PRESENTA. – Dentren pa dentro, don Jelipe. Mis señoras. Dentren susmercedes. Y bustedes también. Dentre, comadrita.

Todos se apiñan para entrar a la choza. PRESENTA tranca la puerta y FEDERICO queda por fuera. Los PROMESEROS huyen).

(*Entran los GODOS*).

UNO. – -Bien, copartidario. Venga con nosotros.

OTRO. – ¿Y busté por qué anda desarmao Tome esta escopeta.

FEDERICO. – Gracias. gracias, Tengo que acompañar a las señoras. (*Golpea*). Abran. Abran.

UNO. – No le apuntes al tiple, sino a la cabeza.

OTRO. – Sigámosles la pista y les quemamos el rancho.

UNO. – ¡Ahí sos, camisón rosao!

(*Salen los GODOS persiguiendo*).

FEDERICO. – Abran. Abran.

(*Se abre la puerta, y van saliendo TODOS del escondite*).

PROMESERA. – ¡Virgencita de Chiquinquirá! ¡Que no les vaya a pasar nada!

PRESENTA. – Es que son porfiaos. Fíjese: no sólo hay que hacer bien la promesa a la Virgen, sino que andar con tiento.

FELIPE. – Vamos, vamos.

CONSUELO. – Es mejor que nos quedemos acá.

FEDERICO. – Sí. Eso creo.

FICO. – ¡Pero esto es absurdo! ¿Por qué pelean? ¿Por qué se matan?

PRESENTA. – Corran en vez de hacer preguntas, que aquí se va a armar la grande.

CHELA. – Pero, ¿a dónde?

PRESENTA. – Ya no les queda más camino libre que el Campo de Agramante.

FELIPE. – Vayamos a dormir a Agramante. ¡Todos al auto! ¡Pronto!

PRESENTA. – Apuren, que allí viene más gente y los agarran entre dos fuegos.

(*Salen FELIPE, CHELA, CONSUELO, FEDERICO y FICO*).

PROMESERA. – (*Arrodillándose*). ¡Virgencita de Chiquinquirá!

PRESENTA. – Dentre, comadre, dentre, no sea que le ujuerién el pañolón con muchachito y todo.

(*PRESENTA, y PROMESERA entran a la choza y cierran la puerta*).

CIRILO. – (*Empujándola*). ¡Ahí sos, camisón rosao!

TELON

CUADRO SEGUNDO

Vestíbulo del Hotel Unión, en Agramante. Al fondo, entrada principal. Salidas laterales hacia el interior del edificio. Mostrador y sillas.

Al levantarse el telón, están en escena SILVERIA y JUSTINO, los criados.

JUSTINO. – ¡Quien la ve, de mucha cinta azul en la cabeza!

SILVERIA. – ¿Quere que le ponga una roja con la escoba?

JUSTINO. – Asesíneme, pues.

SILVERIA. – ¿Cree que no lo hago?

JUSTINO. – (**Con una silla**). ¿Habrá que atrincherarse?

(**Entra PACÍFICO, un cincuentón beatífico**).

PACIFICO. – ¿Siguen los alegatos? ¡Pero criaturas! ¿Por qué no aprenden a vivir en paz?

SILVERIA. – Si él sigue molestando yo no respondo.

JUSTINO. – ¡Tan irresponsable que la verán!

PACIFICO. – Vayan a su oficio. ¡Si es tan fácil la cordialidad cuando hay que vivir bajo el mismo techo!

SILVERÍA. – No le tolero más dinsolencias a ese hereje.

JUSTINO. – Ni yo a esa beata.

PACIFICO. – ¿Qué es eso? ¿Qué es eso? ¿Ya no respetan ni al dueño del hotel? Sigan con la bromita, y llamo a mi mujer. Ella sí les pone los puntos sobre las íes. ¡Violencia ". ¡Violencita!

(*Entra DOÑA VIOLENCIA, muy enérgica la faz, muy alto el moño*).

VIOLENCIA. – ¿Qué es esto? ¿Sigue la pelea? ¡A la próxima vez se largan.

SILVERIA. – Es que él no quiere servirles sino a los de su partido.

JUSTINO. – Usté es la que no va cuando timbran los liberales.

VIOLENCIA. – Aquí hay que servirle a todo el mundo, cualquiera que sea la opinión política de los criados. Además, ya les he dicho en todos los tonos que están prohibidas las discusiones. Los oyen discutir, se encienden los ánimos, y después, ¿quién los contiene?

SILVERIA. – Pero.

JUSTINO. – Pero.

VIOLENCIA. – ¡A su oficio sin respingar! Y ya lo saben: a la próxima discusión, ¡a la calle! ¡Aunque sea a media noche!

(*Salen los CRIADOS refunfuñando*).

PACIFICO. – Ya no sé qué hacer para que se la lleven bien.

VIOLENCIA. – Imposible, siendo enemigos políticos. En todo caso, prefiero las riñas a los amoríos. Y como de todos modos hay que repartir por igual entre ambos partidos los cargos del servicio. De lo contrario, el hotel perdería su imparcialidad paritaria.

(*Entran por el fondo dos criadas, una de rojo y otra de azul*).

CRIADAS. – (*Al unísono*). Ahí vienen pasajeros.

VIOLENCIA. – A sus retenes. (*A la de azul*). Usted a la derecha. (*Y a la de rojo*). Y usted a la izquierda.

(*Entran por el fondo FELIPE, FEDERICO, CONSUELO, FICO y CHELA*).

CONSUELO. – ¡Al fin!

FEDERICO. – ¡Qué abaleo tan feroz!

FICO. – Creí que era nuestro último día.

PACIFICO. – ¿Sigue el alboroto por fuera?

FELIPE. – Terrible.

CHELA. – Espantoso.

FELIPE.- Traigo como cinco huecos en la capota del auto.

PACIFICO. – ¿Y deseaban alojamiento?

FELIPE. – ¡Claro que sí!

VIOLENCIA. – No sé si habrá cupo para tanta gente.

CONSUELO. – Nos acomoda como sea, porque no volvemos a la calle ni aunque nos echen.

VIOLENCIA. – Es que, como están llegando refugiados de tantas partes, y este es el único hotel que ofrece garantías. ¿De dónde vienen ustedes?

CHELA. – De Bogotá.

VIOLENCIA. – ¿Se prendió eso allá también?

FEDERICO. – No. Allá hay por fortuna una perfecta paz armada.

PACIFICO. – (*A VIOLENCIA*). ¿Los recibimos? ¿Qué dices?

VIOLENCIA. – ¿Y si después resultan agitadores, de esos que vienen a meter más candela de la que ya hay?

PACIFICO. – Parecen gente bien.

VIOLENCIA. – Abre entonces el libro de pasajeros.

CHELA. – Quisiera acostarme cuanto antes y no oír más disparos.

PACIFICO. – Se hará lo posible por acomodarlos a todos.

VIOLENCIA. – Pero siempre que se comprometan a respetar al pie de la letra el reglamento del Hotel Unión.

CONSUELO. – Lo que usted quiera, con tal de estar a salvo.

VIOLENCIA. – Hay que andar con cautela; porque como están llegando refugiados de ambos partidos, y la situación es tan delicada.

FELIPE. – (*Abrazando a CONSUELO*). Nosotros somos, por fortuna, un caso perfecto de convivencia política. ¿No es verdad Federico?

FEDERICO. – (*Muy nervioso*). Así es. ¡Cómo no!

VIOLENCIA. – Todo el que se inscribe en este libro se compromete, bajo la gravedad del juramento, a no hablar de política dentro del hotel; a no dirigir la palabra a los del bando contrario, sino para asuntos de absoluta necesidad; a aceptar el sitio que se le asigne y no invadir las zonas que se le prohíban.

FELIPE. – Estamos de acuerdo.

PACIFICO. – Vamos a inscribirlos entonces. ¿El nombre de la señora, si me hace el favor?

CONSUELO. – Consuelo de Espinilla. ¡Ay! ¿Dónde tengo la cédula de identidad?

PACIFICO. – No es necesaria, mi señora.

VIOLENCIA. – Lo que interesa es su filiación política.

CONSUELO. – ¡Ah, si? ¡Libera!!

VIOLENCIA. – (*Llevándole un tintero rojo*). Meta el dedo en el rojo indeleble.

CONSUELO. – (*Introduce el dedo en el tintero y lo saca enrojecido*).

PACIFICO. – Muchísimas gracias, mi señora. Ahora, ¿la señorita?

CHELA. – Consuelito Espinilla. ¡Conservadora, y a mucha honra!

VIOLENCIA. – (*Llevándole el tintero azul*). Sin comentarios, señorita. Humedézcalo en azul indeleble.

CHELA. – (*Obedeciendo*). En azul. todo lo que usted quiera. ¡Hasta el puño!

VIOLENCIA. – Con medio dedo basta. Gracias.

PACIFICO. – (*A FELIPE*). ¿El señor?

FELIPE. – Felipe Neira, liberal izquierdista.

VIOLENCIA. – No nos interesan los matices, sino el color fundamental. Introdúzcalo.

FELIPE. – (*Obedeciendo*). Encantado, señora.

PACÍFICO. – ¿Y el otro señor?

FEDERICO. – Federico Espinilla Espinoza. Conservador de tuerca y tornillo.

PACIFICO. – (*Escribiendo*). Conservador de tuerca y...

VIOLENCIA. – ¿Y para qué le pones tuerca y tornillo?

PACIFICO. – Para remacharlo.

VIOLENCIA. – Como se tiña bien el dedo, lo demás, ¿qué nos importa?

PACIFICO. – Es cierto. (*Trata de borrar*).

VIOLENCIA. – Ahora, por borrar, manchaste el libro. ¿No digo?

PACIFICO. – Excusa, mijita, excusa. Fue sin mala intención. ¿Y el cachifo?

FICO. – Federico Espinilla, hijo.

PACIFICO. – ¿Su filiación?

FICO. – Pues... Si le dijera que no sé todavía.

VIOLENCIA. – ¿Cómo? ¡Le advierto que esto no es broma!

FICO. – En serio. No me he decidido todavía ni por unos ni por otros.

VIOLENCIA. – (*Aterrada*). ¿Es comunista?

PACIFICO. – (*Deja caer la pluma y el libro*). ¿Comunista?

(Aspaviento general).

FICO. – No, no, no... No soy nada. ¡Absolutamente nada!

PACIFICO. – (*Tranquilizándose*). Hace muy bien. Yo soy lo mismo: ecuánime... neutro.

VIOLENCIA. – Nadie te está pidiendo opinión, Fíjate más bien en lo que haces.

PACIFICO. – Excusa, mijita. Excusa.

VIOLENCIA. – Entonces. Silveria: lleve a la señora al número cinco de la izquierda. Y al señor.

FEDERICO. – Basta una habitación para los dos.

VIOLENCIA. – ¡Imposible!

FEDERICO. – ¡Si es mi señora!

VIOLENCIA. – Lo que cuenta aquí, señor mío, no es el estado civil de las personas, sino su color político. Para evitar fricciones, el hotel está dividido en dos partes incomunicadas: liberales a la izquierda y conservadores a la derecha. A usted le toca el trece de la derecha. ¡Por allí!

PACIFICO. – Y se cuidaran, por favor, de dirigirse la palabra lo menos posible.

FEDERICO. – Pues yo voy con mi mujer o....

VIOLENCIA. – Si no respeta el reglamento, señor, la puerta está abierta.

FEDERICO. – Muy bien. ¡Vamos, Consuelo!

(Se oyen disparos fuera).

CONSUELO. – Pero, ¿no oyes que siguen los disparos?

FEDERICO. – ¡Si nosotros... Señora, no hemos tenido en veinte años, la primera discusión por asuntos políticos!

VIOLENCIA. – No les quedará tiempo, por estar discutiendo otras cosas. De pronto empiezan a alegar por cualquier tontería; y como esto es un barril de pólvora.

CONSUELO. – No seas caprichoso, Federico. Déjame ir sola. ¡Si es por una noche, nada más!

FEDERICO. – Vamos más bien a otro hotel.

VIOLENCIA. – Tendrían que ir el uno a un hotel conservador y el otro a un hotel liberal. Este es el único de Agramante que está afiliado a la Unión Nacional. No es porque se queden. Pasajeros sobran.

CONSUELO. – Voy a mi cuarto sin más alegatos.

FEDERICO. – Que te acompañe Chela, entonces.

VIOLENCIA. – ¿La señorita? ¡Menos! Ha declarado que es conservadora, y de mucho ímpetu.

FEDERICO. – Entonces, mi hijo. Sí, ve con ella, Fico.

FICO. – Muy bien.

VIOLENCIA. – ¿Con el joven? ¡Muchísimo menos!

FEDERICO. – ¿Por qué? ¡Si él ha dicho que no pertenece a ningún partido.

VIOLENCIA. – Precisamente por eso. El joven no sólo está imposibilitado para acompañarla, sino que es imposible recibirla aquí.

FEDERICO. – ¿Por qué?

CONSUELO. – ¡Persona más tranquila que él!

VIOLENCIA. – Aquí no pueden entrar sino personas afiliadas a cualquiera de los dos bandos históricos. La imparcialidad y el indiferentismo se prestan siempre a torcidas interpretaciones, que podrían ir en perjuicio del establecimiento.

FEDERICO. – ¡Hazte liberal entonces, qué caray! ¡Aunque sea por esta noche!

CHELA. – ¡No, Fico, no!

FELIPE. – Adelante, Fico. Es tu oportunidad.

CHELA. – Pero papá, ¿cómo se te ocurre semejante absurdo?

FICO. – Sería absurdo, en verdad. No soy nada, porque no entiendo nada. Y como ahora entiendo menos.

CONSUELO. – Me voy sola aunque sea por un momento. Un momento, al cuarto de las señoras.

FEDERICO. – (*Sujetándola*)... ¡Por ningún motivo!

PACIFICO. – ¿Y acaso el otro señor no es su amigo? El ha dicho que es liberal.

FELIPE. – Si, no te preocunes, Federico. Me encargo de cuidarla y atenderla. ¿Pueden darme una habitación contigua?

PACIFICO. – El cinco bis.

VIOLENCIA. – Sí. Tienen hasta puerta de comunicación y baño en común.

FEDERICO. – ¡Se acabó! ¡Regresamos a Bogotá!

CONSUELO. – Mientras alegan voy y vuelvo. ¡Un instante!

FEDERICO. – Felipe: ya que nos trajiste ocultándonos cómo eran las cosas por acá, estás en el deber de llevarnos a nuestra casa ahora mismo. ¡Te lo exijo!

FELIPE. Lo haría con mucho gusto, ya que pierdes así la serenidad, si pudiéramos llegar vivos.

CONSUELO.-¡Eh, qué tanto problema! ¡Y para una sola noche! Vamos, Felipe (**avanza y vacila**). Pero... ¿Y Fico?

FICO. – No te preocupes por mi, vieja. Ya me arreglaré.

CONSUELO. – ¡Supongo que no lo echarán a la calle!

VIOLENCIA. – Como concesión especial, le permitiremos por esta noche dormir debajo de la escalera, en el cuarto de San Alejo. Siempre que se comprometa a no ir al bar ni al restaurante. Es todo lo que puedo hacer, para que no crean que hay mala voluntad. Al interior del hotel no entra más persona sin filiación política que el tonto de mi marido.... Y eso, porque el vínculo es indisoluble.

PACIFICO. – Gracias, mijita. Pídeles también que, si no resuelven instalarse, lo digan de una vez, porque allí vienen más pasajeros.

CONSUELO. – Vamos, Felipe,

FELIPE. – Vamos, sí.

FEDERICO. – (*Trata de interponerse*).

CHELA. – Vamos, papá. Ven conmigo. No lo pienses más, que yo también tengo urgencia de instalarme.

(*Salen por la izquierda FELIPE y CONSUELO. Por la derecha, FEDERICO arrastrado por CHELA*).

FICO. – (*A VIOLENCIA*). Perdón, señora. ¿Dónde es el cuarto de San Alejo?

VIOLENCIA. – Requísalo primero, Pacifico, no sea que se esté haciendo el manso y traiga alguna bomba.

PACIFICO. – A ver. A ver. Trae un libro.... Manual de construcción en cemento armado.

VIOLENCIA. – ¿Tendencioso?

PACIFICO. – Creo que no.

VIOLENCIA. – Bien. Tome entonces la escoba y comience por barrer su domicilio. La sirvienta se negará a atenderlo mientras usted no se defina. Tú, Pacifico, llévale un colchón si acaso sobran.

PACIFICO. – Y una cobija también. Pobrecito.

(*Salen VIOLENCIA y PACIFICO, uno por cada lado*).

FICO. – (*mira la escoba, la suelta y se engolfa en su libro*).

(*Entra ROSITA despavorida*).

ROSA. – ¡Ay, bendito sea Dios! ¡Perdón, señor! ¿Aquí es el hotel?

FICO. – Sí. Y no, señorita.

ROSA. – ¿Sí. o no?

FICO. – Eso depende de usted, señorita.

ROSA. – No puedo más... (*Cae en un asiento, rendida*). ¡Alma de mi madre!

FICO. – ¡¿Qué le sucede?

ROSA. – Venían persiguiéndome.

FICO. – ¿Cierro la puerta de la calle?

ROSA. – ¿Usted es el dueño?

FICO. – No, señorita. Tan sólo un pasajero de tercera.

ROSA. – ¿No estoy herida?

FICO. – (*Examinándola*). Chamuscada apenas por un costado, señorita.

ROSA. – Me disparaban como a un animal de caza.

FICO. – ¿Y por qué?

ROSA. – No se. Talvez porque corría. O por el color del vestido.

FICO. – ¿De dónde viene?

ROSA. – De la finca. Huyendo.

FICO. – ¿La asaltaron?

ROSA. – Sí. Estaba sola. Papá había ido a asaltar otras fincas.

FICO. – Su papá. ¿Es liberal?

ROSA, (**Aterrada**). ¿Por qué? ¿Acaso usted? ¡Dios mío!

FICO. – No se afane. La política me es indiferente,

ROSA. – Yo la odio.

FICO. – También comienzo a odiarla.

ROSA. – ¿Para qué sirve? ¡Para envenenarlo todo! ¡Para destruirlo todo!

FICO. – ¿Siempre ha vivido usted aquí?

ROSA. – Siempre. Entre pasiones ciegas y venganzas.

FICO. – Pero, ¿quién tiene interés en hacer la vida imposible?

ROSA. – ¿Quién ha de ser? ¡Los políticos!

FICO. – ¿y no hay quién se lo impida?

ROSA. – Ellos son los verdaderos amos.

FICO. – ¿No hay quién les enseñe que es más práctico convivir, amar la tierra, pedirle sustento y bienestar?

ROSA. – Nadie habla de eso.

FICO. – Pero usted vendrá cansada, en todo caso.

ROSA. – Rendida.

FICO. – Necesitará una habitación.

ROSA. – ¡Si, por favor!

FICO. – Voy a pedirla. Ah, pero.

ROSA. – ¿No hay?

FICO. – Para usted. Creo que habrá una nada más: la que me han dado a mí. La de los imparciales.

ROSA. – ¿Cuál?

FICO. – Debajo de la escalera. Precisamente, iba a barrerla.

ROSA. – La barreré yo. ¡No faltaba más! Pero... ¿Y usted, entonces?

FICO. – No se preocupe. ¿Qué mejor que velar su sueño?

ROSA. – ¡Ay, muchísimas gracias!

FICO. – Lo haré pensando que, al fin y al cabo, hay alguien que siente como yo.

ROSA. – No me atrevo a desalojarlo... Pasaré la noche aquí sentada. ¿Por qué no?

FICO. – Y yo acompañándola.

ROSA. – ¡Tan amable!

FICO. – Voy a ver si le consigo algo de comer.

ROSA. – Le agradecería. Tengo más hambre que cansancio.

FICO. – (*Trata de salir y lo detienen en el retén*). Ah, pero. Hay que aguardar a que venga alguien con filiación política. A mí no me dejan entrar por ningún lado.

(Aparece VIOLENCIA, empujando a SILVERIA y a JUSTINO).

VIOLENCIA. – ¡Se acabó! ¡No más! ¡Se van ahora mismo. ¡Cada uno por su lado!

SILVERIA. – ¿Qué podía yo hacer, si lo vi escupiendo en los platos de los conservadores?

JUSTINO. – Era usted, la que estaba poniendo alfileres en las camas de los liberales.

VIOLENCIA. – ¡Fuera de aquí ambos. ¡Sin más explicaciones! Fuera, o ahí van bofetadas.

(Salen los CRIADOS y entra PACIFICO).

PACIFICO. – Pero mijita: ¿Por qué te exaltas de esa manera?

VIOLENCIA. – Esa pugna era ya intolerable,

PACIFICO. – ¿Y ahora qué haces, sin servicio?

VIOLENCIA. – Francamente, no sé qué hacer.

FICO. – (**A ROSA**). Se resolvió el problema. Ahora verás. (**A VIOLENCIA**). Perdóneme, señora, que me entrometa. Creo que, si usted tomara a su servicio gente imparcial.

PACIFICO. – Eso digo yo.

VIOLENCIA. – Para imparcialidad tengo con el tonto de mi marido, que a cada instante mete la pata. Además, ¿dónde está esa gente imparcial?

FICO. – Nosotros. La señorita y yo.

VIOLENCIA. – ¿Ella no tiene partido?

ROSA. – No, señora. Todavía no es chica de partido.

VIOLENCIA. – ¿Y quién les va a creer?. Hay millones de colombianos sin patriotismo; pero sin pasión política, habría que buscarlos con la linterna de Diógenes.

FICO. – Ensáyenos a ver. Ambos deseamos colocarnos.

VIOLENCIA. – ¿Qué dices, Pacífico?

PACIFICO. – No digo nada, mijita. Después sale mal, y quién te aguanta.

FICO. – Neutralice usted al servicio y eliminará un grave problema. Sólo la neutralidad sabe ser humilde y abnegada, y llevar a cuestas las temeridades y los contrasentidos de los fanáticos.

VIOLENCIA. – En fin: vamos a ver cuál es el nuevo dolor de cabeza.

FICO. – Haremos lo posible por tenerla contenta.

ROSA. – Por no disgustarla.

VIOLENCIA. El sueldo es muy bajo, y aquí no hay salidas.

FICO. – Para lo que hay que ver por fuera.

VIOLENCIA. – Hay que servirles a los conservadores con devoción, a los liberales con alegría. ¡Y a todos por igual!

FICO. – Sí, señora.

ROSA. – Sí, señora.

VIOLENCIA. – Vayan, pues, a la cocina, a que les den su mazamorra, En seguida los espero en el bar. Para el reparto.

(**Salen FICO y ROSA**).

PACIFICO. (**Mira a ROSA encantado y la sigue**). Por aquí. Por aquí.

VIOLENCIA. – Y tú déjate de esas miraditas de cordero degollado.

PACIFICO. – ¿Cuáles?... ¿Cuáles?... (**Trata de irse**).

VIOLENCIA. – ¿Cuáles?... ¡Y ahora, a irte detrás de ella también! ¡Por ahí no!

PACIFICO. – ¿Por dónde entonces?

VIOLENCIA. – A acostarnos. Ya son las nueve.

PACIFICO. – ¿Tan temprano?

VIOLENCIA. – ¡La hora la doy yo!

PACIFICO. – Bien, mijita. ¿Qué vamos a hacer?.

TELON

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Bar del Hotel Unión.

Todo es azul a la derecha y rojo a la izquierda del espectador. Al fondo, mostrador y estante con botellería.

Del mostrador hacia primer término, por todo el centro, una cortina de hierro de un metro de altura.

Al levantarse el telón. ASERRIN y ASERRAN beben en una mesita de la derecha; ROQUE, RIQUE y RAN en una de la izquierda. FICO y ROSITA, vestidos de criados, atienden en el mostrador.

ROQUE. – ¿Qué hubo de los rones?

RIQUE. – ¡Los rones, pronto!

ASERRÍN. – ¡Primero los aguardientes!

ROSITA. – Apúrale.

FICO. – Ya van, ya van.

ROQUE. – Primero a nosotros, que somos la mayoría.

ASERRÍN. – Nosotros tenemos el turno.

ROSA. – (*Yendo a la izquierda, con limpión rojo*). Tomen los rones,

ASERRÍN. – ¿O es que aquí no se atiende sino a los de la izquierda?

FICO. – (*Yendo a la derecha con limpión azul*). Tomen sus aguardientes.

ASERRÍN. – Queremos camarera, y no camarero. ¿Por qué ha de ser lo mejor para el otro lado?

FICO. – Con todo gusto. Rosita: dame el limpión rojo y toma el azul.

ROSA. – Es que en esa mesa son tan pesados.

FICO. – ¿Qué remedio? Tenemos que cumplir con nuestro deber.

ASERRAN. – Otro aguardiente aquí, camarera.

ROSA. – Yo no voy.

FICO. – Van a decir que es preferencia política.

ROSA. – Digan lo que digan. No me comprometí a dejarme pellizcar.

FICO. – Ah, ¿te pellizcaron? ¡Ahora verán!

ROSA. – ¡Cuidado! En ti sí pueden creer que es asunto político.

FICO. – Antes que dejarte faltar al respeto, nos vamos a la calle.

ROSA. – Dame acá, dame acá.

ASERRÍN. – (**Amenazante**). ¿Hay aguardiente, o no?

ROSA. – Aquí están.

RIQUE. – ¿Aquellos como que tienen ganas de bronca? Listo, Roque.

RAN. – Listo, Rique.

ROQUE. – Listo, Ran.

RIQUE. – Les rompemos en el alma los maderos de San Juan.

ROQUE. – ¡Otros rones!

ROSA. – Allá van. (**Los lleva**).

ROQUE. – Estrella polar.

RIQUE. – Sol de Agramante.

RAN. – Milagro tropical.

ROSA. – (**Furtiva**). Aja...

ROQUE. – ¿Por qué tan hosca?

ROSA. – (**A FICO**). Ya me están molestando allí también.

FICO. – Atiende tú al mostrador y yo sirvo. (*Va a la izquierda con el limpión azul*).

ROSA. – (**Alarmada**). ¡Fico! ¡Cuidado! ¡Toma! (**Le da el rojo**).

FICO. – Gracias, nena (*Le estrecha las manos entre ambos limpiones*).

(**Entra VIOLENCIA**).

VIOLENCIA. – ¡No faltaba más! ¡Ahora ustedes se fueron para el otro lado! ¡Aquí no me vengan con ternuras! ¡A su oficio!

ASERRÍN. – ¿Y esto es con gotero? Entonces, sírvanlos dobles.

VIOLENCIA. – ¡Oiga, imbécil! ¡Vaya a ver qué pasa!

FICO. – Si, señora. (*Va a la mesa azul con limpión rojo*).

ASERRAN. – (*Rapándole el limpión*). ¡Protesto! ¡Protesto!

ASERRÍN. – Aquí no nos traiga ese andrajo (*Tira el limpión a la izquierda*).

VIOLENCIA. – ¡Bruto! ¿No le expliqué bien cómo era?

RIQUE. – (*Recogiéndolo*). ¿Conque andrajo?

ROQUE. – Dámelo acá, se lo pongo de ruana.

RAN. – Yo se lo pongo más rojo en la cara.

ASERRÍN. – ¡A las armas, Aserrán!

ASERRAN. – ¡Que nos pica el alacrán!

VIOLENCIA. – ¡Orden! ¡Unión! (*Saca una barbera*). ¡Unión, o ahí les va!

(**Entra PACÍFICO y va a la zona roja**).

PACIFICO. – ¡Pero mis viejitos queridos! ¿Qué les pasa, lindos? ¿No saben vivir en paz?

ASERRÍN. – ¡Salgamos a la calle!

ROQUE. – ¡Cuando quiera y como quiera!

PACIFICO. – (*En la zona azul*). ¡Pero chinazos! ¡Lindura!! (*Agarra el brazo armado*). ¡Respeten, que hay señoras!

VIOLENCIA. – (A FICO). ¡Fíjese, idiota! ¡Por andar de baboso!... ¡Y como vuelva a verlo en idilio con las sirvientas... .

(*Entran CONSUELO y FELIPE por la izquierda*).

CONSUELO. – Un fresco y me voy a dormir; porque estoy rendida.

FICO. – (*Limiando la mesa con trapo rojo*). ¿Qué desea la señora?

CONSUELO. – ¿Y esto qué es?

FELIPE. – ¿Te dejaron entrar al fin? ¿O te afiliaste a nuestra causa?

FICO. – Algo mejor: conseguí empleo.

CONSUELO. – Déjate de tonterías, Fico.

FICO. – Bobita: si es por hoy, nada más. No encontré otra manera de estar junto a ti.

CONSUELO. – ¡Pobre mijo!

FELIPE. – ¡Un gran golpe de ingenio!. ¡Tómalo a risa!

FICO. – Era además la primera oportunidad que se me presentaba para ganar el pan con el sudor de mi frente. ¿Cómo desperdiciarla?

FELIPE. – Trae me un whisky, entonces.

FICO. – ¿y la señora?

CONSUELO. – (*Riendo*). Una limonada.

FICO. – ¿Natural o legítima? Digo: ¿o en botella?

ROSA. – Oye, Fico.

FICO. – ¿Qué quieres?

CONSUELO. – ¿Cómo? ¿Tuteándote con las criadas?

FICO. – ¡Ya lo ves! ¡Qué talento de asimilación!

CONSUELO. – ¡Hasta allá no, Fico. Hasta allá no.

FICO. – No te alarmes, vieja.

(Entra FEDERICO por la derecha y va hacia la izquierda, tratando de salvar la cortina de hierro).

FEDERICO. – Oye, Consuelo.

ROSA, *(Deteniéndolo)*. Perdón, señor. Respete la cortina. Por aquí no puede pasar.

FEDERICO. – ¿Por qué?

ROSA. – Es orden de los dueños,

FEDERICO. – Pero.... Si voy a hablar con mi señora.

ROSA. – Está terminantemente prohibido.

FEDERICO. – ¿Quién es el que se atreve a prohibírmelo? *(Empuja a ROSA)*.

FICO. – ¡Cuidado, papá! ¡Esta es la zona libera!!

FEDERICO. – Déjate de majaderías.

FICO. – *Deteniéndolo*. Pasarás; pero por sobre mí.

ROSA. – *(Abrazando a FICO)*. ¡Y por sobre mí también.

FEDERICO. – Quiten de ahí, mocosos.

ROSA. – ¡Señora Violencia!

FICO. – ¡Mi señora Violencia!

(Entra VIOLENCIA).

VIOLENCIA. – ¿Qué pasa? ¿Otra vez abrazados?

FICO. – No, señora. No es un abrazo. Es una muralla.

CONSUELO. – Federico: no seas porfiado.

VIOLENCIA. – ¿Cómo, una muralla?

ROSA. ¡Es que el señor, que es de la derecha, está empeñado en pasarse a la izquierda!

VIOLENCIA. – ¡No faltaba más!. Para eso no necesitó murallas, sino arma blanca, (**saca la barbera**). De usted un solo paso adelante. ¡....Atropélleme, a ver!

ASERRÍN. – (**Tomando a FEDERICO del brazo**). Venga acá, copartidario. ¿Qué va a hacer por allá, entre esa chusma? ¡Respétese!. Siéntese aquí, con nosotros.

FEDERICO. (**Tomando a FICO de una oreja**). ¿Y a ti quién te mete?

FICO. – Cumplio con mí deber, papá. Soy aquí el criado,

FEDERICO. – ¿El criado?

FICO. – He resuelto remar por propia cuenta desde hoy.... Siéntate.... ¿Qué te tomas?. Pagaré con mi sueldo.

FEDERICO. – Ve a decirle a tu mamá que....

FICO. – Tengo prohibido llevar razones de un lado a otro. Dirían que es espionaje.

FELIPE. – ¡Camarero!

FICO. – Permítame un momento.

FEDERICO. – Pero oye... (**Trata de seguirlo**).

ASERRÍN. – (**Reteniéndolo**). Venga para acá, copartidario.

ASERRAN. – Otro aguardiente aquí.

CONSUELO. – Yo me voy a dormir. Es lo mejor.

FELIPE. – Yo haré otro tanto.

CONSUELO. – Hasta mañana, Federico.

FELIPE. – Hasta mañana, viejo.

FEDERICO. – (*Trata de seguirlos*).

(*Salen CONSUELO y FELIPE, con FICO*).

ASERRÍN. – ¿Qué le pasa, copartidario? (*Lo retiene*). ¿Insiste en rebajarse yendo para ese lado?

ROQUE. – Oye: no aguento más insultos.

RIQUE. – Espera, espera. Ya llegará el momento.

FEDERICO. – Es que. No puedo ver a aquel hombre sin perder el control.

ASERRÍN. – ¿Quién es?

ASERRAN. – ¿Quién es?

FEDERICO. – ¿Prometen ustedes guardarme el secreto?

ASERRAN. – ¡Claro que sí!

FEDERICO. – ¡Viene de Bogotá con la consigna de asesinar conservadores!

ASERRÍN. – ¡No faltaba más!

ASERRAN. – Pero. ¿no está con su señora?

FEDERICO. – Precisamente. Ella y yo y todos los míos venimos espiándolo, con el propósito de sorprenderlo in-fraganti. Pero temo que sospeche algo; y aprovechando que ella está sola.

ASERRAN. – Hay que informar inmediatamente a los nuestros.

FEDERICO. – Sí. Lo creo prudente.

ASERRÍN. – No perdamos tiempo.

ASERRAN. – Si pudiéramos echarle mano esta misma noche.

FEDERICO. – Se podría intentar.

ASERRÍN. – Camarera, Tome. Y quédese con las vueltas

(Salen FEDERICO, ASERRÍN y ASERRÁN, en conciliáculo).

ROQUE. – ¿Sabes que noto algo raro del lado de allá?

RIQUE. – Yo también.

ROQUE. – Ese tipo recién llegado no me inspira mucha confianza,

RAN. – A mi tampoco.

ROQUE. – Lo mejor será avisar a los nuestros,

RIQUE. – Sí, es mejor, y no perderle la pista.

RAN. – La cuenta, camarera.

ROSITA. – Son tres... Y tres seis... Y tres nueve.

ROQUE. – Tome.

RIQUE. – No. Tome... Tome.

RAN. – No, no, no. Es mío. Es mío.

(Pugna de los tres por pagar. En seguida salen ROQUE, RIQUE y RAN. Regresa FICO).

FICO. – Rosita.

ROSA. – ¿Qué, Fico?

FICO. – Esto es absurdo,

ROSA. – Siempre ha sido así.

FICO. – Absurdo que estemos aquí, en este disfraz.

ROSA. – ¿Qué otro camino quedaba?

FICO. – ¡El de tu casa!

ROSA. – ¿Quieres que me vaya?

FICO. – Quiero acompañarte.

ROSA. – ¿Ahora mismo?

FICO. – Sí.

ROSA. – ¿Y cómo?

FICO. – Tal como viniste. Si llegaste aquí sola, podemos regresar los dos.

ROSA. – No me asusta por mí; pero....

FICO. – ¿Por qué, entonces?

ROSA. – Por ti.

FICO. – ¿Tanto te importo ya?

ROSA. – Más de lo que sospechas.

FICO. – Por eso mismo: siento la necesidad de echarme a la calle contigo. Me lo pide la sangre. Me lo pide el decoro. Porque aquí sobra el miedo, y el silencio es un crimen. Lo que falta es quién se atreva a decir la verdad.

ROSA. – ¿Y habrá quién quiera oírla?

FICO. – Tendrán que oírla. Si no me matan, tendrán que oírla. No es posible que un país tan bello como este, tan rico, tan prometedor, se ahogue en la sangre que derraman los odios ciegos; y que quienes se llaman servidores públicos los instiguen en vez de aplacarlos.... Empecemos a gritar esa verdad esta misma noche, poniéndoles el pecho a las balas.

ROSA. – Qué noble eres, Fico. ¡Qué noble eres! (**Lo abraza**).

(**Entra VIOLENCIA**).

VIOLENCIA. – ¡Muy bonito! ¿Y esto qué es ahora? ¿Una nueva muralla, o granadas de mano?

FICO. – Es... ¡Nuestra renuncia irrevocable!

VIOLENCIA. – ¿Cómo?

FICO. – Que nos vamos (***Le tira el delantal***).

ROSA. – (***tirándolo también***). Sí. Ahora mismo.

VIOLENCIA. – ¿A media noche?

FICO. – Sí, señora.

ROSA. – Sí.

(***Entra PACÍFICO***).

PACIFICO. – ¡Pero mis chinitos preciosos! ¿Se han vuelto locos? ¿Cómo nos van a dejar sin servicio? ¿Y arriesgando la vida de esa manera?

VIOLENCIA. – ¡Fíjate! Por eso no quería yo recibirlos. ¡Te lo dije! ¿Te convences?

PACIFICO. – ¡Ahora vas a echarme la culpa a mí!

VIOLENCIA. – ¿Y entonces a quién?

(***Salen FICO y ROSA***).

VIOLENCIA. – ¡Ahora vas a decirme que no fuiste tú el del empeño!

PACIFICO. – Bueno, mijita. Está bien. Fui yo.

VIOLENCIA. – ¿Fui yo entonces? ¿Fui yo?

PACIFICO. – ¿Para qué discutimos? Al fin y al cabo, la razón es siempre tuya.

VIOLENCIA. – ¡Se acabó! ¡No más servicio doméstico!

PACIFICO. – ¿Y qué vas a hacer?

VIOLENCIA. – El único remedio posible.

PACIFICO. – ¿Cuál?

VIOLENCIA. – Ve al frente, donde doña Garantía, la mujer del coronel, y dile que me preste dos reclutas.

PACFFICO. – ¿Reclutas? ¿Les gustará eso a los clientes?

VIOLENCIA. Gústeles o no les guste. ¿Qué esperas?

PACIFICO. – Voy, mijita. Voy.

VIOLENCIA. – De ahora en adelante, ¡servicio militar obligatorio!

CUADRO SEGUNDO

Alcoba con puertas laterales y balcón al fondo. Es de noche. Consuelo está acostada. Se oyen ruidos, y luego disparos lejanos.

CONSUELO. – (Yendo a la izquierda). ¡Felipe!. ¡Felipe!

FELIPE. – (Dentro). ¿Qué pasa?

CONSUELO. – Tengo miedo.

FELIPE. – ¿Por qué?

CONSUELO. – ¿No oyes los disparos?

FELIPE. – Eso es de todas las noches. No les hagas caso.

CONSUELO. – Ojala pudiera.

FELIPE. – Procura dormirte.

CONSUELO. – Menos podría. Oye: más disparos. y parece que fuera dentro de la casa.

FELIPE. – (Entrando). De veras.

CONSUELO. – ¿qué será?

FELIPE. – Temo que hayan violado el reglamento del hotel.

CONSUELO. – ¿Habrá peligro?

FELIPE. – Sería gravísimo. Si se pasan los de un lado para el otro a estas horas de la noche, hay las del diablo.

CONSUELO. – Voy entonces a buscar a Federico y a mis hijos,

FELIPE. – Por ningún motivo. Si hay alboroto dentro, lo mejor es que cada cual tranque su puerta.

CONSUELO. Francamente, Felipe: no sé por qué nos has traído aquí. No me lo explico.

FELIPE. – Cometí un grave error. Lo reconozco.

CONSUELO. – Demasiado tarde.

FELIPE. – No supuse que las cosas se fueran a agravar así, de un momento a otro. Además, en mi vereda había mucha calma.

CONSUELO. – Debiste prever que eso no era estable.

FELIPE. – Debí preverlo... Es cierto. Perdóname, Consuelo,

CONSUELO. – Si algo les pasa a mis hijos, no me perdonaría yo esta locura en todos los días de mi vida.

FELIPE. – Ni yo.

CONSUELO. – En cuanto amanezca, regresamos. ¿No es cierto?

FELIPE. – ¿Estás muy disgustada conmigo?

CONSUELO. – ¿No he de estarlo?

FELIPE. – Pero hay algo que me excusa, que me justifica. Tanto más siendo yo, como bien sabes, un temperamento impulsivo. Quiero confesártelo de una vez por todas.

CONSUELO. – Ahora no, Felipe, Es mejor que vuelvas a tu cuarto. Procuraré dormirme.

FELIPE. – Ya empecé, Consuelo. Déjame acabar.

(*Disparos*).

CONSUELO. – ¡Más disparos!

FELIPE. – Mejor. Déjame hacer esa confesión entre truenos y relámpagos.

CONSUELO. – (*Maliciosa*). He dicho que no. ¡Vete!

FELIPE. – Consuelo: estoy enamorado como un loco.

CONSUELO. – Razón de más para que te vayas.

FELIPE. – O para que me oigas.

CONSUELO. – Entonces. Esta era una celada.

FELIPE. – No, Consuelo. Te equivocas. Óyeme. Siéntate tranquila. Confía en mí. Soy incapaz de hacerte mal.

CONSUELO. – Lo estás demostrando.

FELIPE. – No hables, ya que me hiciste hablar. Consuelo: cierra más bien los ojos y trasládate veinte años atrás. Cuando me sentabas en tus rodillas. Yo era un nene. Pero el nene te miraba alelado. Envidiando a Federico, que tenía diez años más.

CONSUELO. – Por última vez: te suplico que regreses a tu habitación. O me voy de aquí aunque me maten.

FELIPE. – Le di la vuelta al mundo llevando siempre tu recuerdo, como un sueño feliz que no había de volver nunca.

CONSUELO. – (*Trata de fugarse*).

FELIPE. – (*Reteniéndola*). Al verte otra vez, pensé con tristeza que habían pasado veinte años. Pero...

CONSUELO. – No sigas, Felipe, No sigas. Suéltame. Me torturas... Me haces daño.

FELIPE. – Pero de pronto, mi Consuelo, la que yo llevaba en el alma, entra con sus dieciocho años de entonces. ¡Igualita sonriendo como tú. Hablando como tú. Y yo era ya un hombre hecho y derecho... Lo que sentí no fue solamente un amor repentino, sino la explosión del sueño que había acariciado tanto tiempo, creyéndolo un imposible. ¿Comprendes ahora por qué no tuve valor para separarme de ella?. Consuelo: si he hecho mal, perdóname.

CONSUELO. – (*Enjugándose las lágrimas*). Estas perdonado, Felipe.

FELIPE. – ¿Me das la mano de Consuelito?

CONSUELO. – ¡Siempre en guerra relámpago ¡Aguarda, a ver qué dice ella!

FELIPE. – Dirá que sí.

CONSUELO. – ¿Cómo lo sabes? ¿Ya le hablaste?

FELIPE. – Ojala hubiera tenido tiempo. Pensaba hacerlo en cuanto llegáramos a El Edén. Luego, aquí nos separaron por incompatibilidad doctrinaria.

CONSUELO. – Quien sabe si ahora, ante lo que está sucediendo, querrá casarse con un enemigo político.

FELIPE. – Ese problema lo resuelvo en un abrir y cerrar de ojos. Si ella no se volteá, me volteo yo. ¡Viva el partido conser!...

CONSUELO. – (*Tapándole la boca*). ¡Eso sí que no!

FELIPE. – Sería lo único que me haría cambiar de opinión.

CONSUELO. – ¡Loco! Lo peor del caso es que...

FELIPE. – ¿Tiene novio?. ¡Lo barro! ¡Le rompo la cédula! ¡Lo destituyo!

CONSUELO. – Tranquilízate. Hasta hoy no le ha hecho caso a nadie. Pero...

FELIPE. – ¿Cuál es el pero?

CONSUELO. – Como ha visto la mala vida que me da Federico, y tú pareces también algo aficionado a la bebida.

FELIPE. – ¡Me declaro abstemio! ¡Ni Un trago más!

CONSUELO. – ¿Me lo prometes?

FELIPE. – Bueno. Hasta cierto punto. Mientras las rentas fiscales no se perjudiquen.

CONSUELO. – Por lo demás. Como yo también llevaba conmigo ese dulce recuerdo. Y les hablaba tanto de ti. Y esas simpatías se heredan.

FELIPE. – Voy a buscarla. Entre otras cosas, puede estar en peligro.

CONSUELO. – Tranquilízate alguna vez en la vida. Ve a tu cuarto más bien.

FELIPE. – Pero si me aceptas como yerno.

CONSUELO. – Por mi parte, encantada. ¡Pero ya sabes!... ¡A secas!

FELIPE. – De acuerdo. (**Va a su cuarto y regresa**). ¡Diantre!

CONSUELO. – ¿Qué?

FELIPE. – ¡Invadieron mi cuarto!

CONSUELO. – ¿Quiénes?

FELIPE. – Los godos. Me están buscando hasta en las maletas.

CONSUELO. – Vete por la otra puerta.

FELIPE. – (**Avanza y retrocede**). ¡Vienen por ahí también!

CONSUELO. – (**Cierra la puerta**). ¡María Santísima!

FELIPE. – Déjame. No es posible que me encuentren aquí (**Va a su cuarto**).

CONSUELO. – Te verían salir de todos modos.

FELIPE. – (**Mirando por la cerradura**). ¡Es tu marido!

CONSUELO. – ¿Qué hacemos, Dios mío?

FELIPE. – No sé.

CONSUELO. – Lo peor es que está ferozmente celoso.

FELIPE. – ¿De mí?

CONSUELO. – De ti y de todo el mundo. Es su aberración.

FELIPE. – Bien. Que me mate entonces. No me defenderé. Y aunque él no estuviera celoso. ¿Cómo justificar el que me encuentre aquí contigo?. Cualquier disculpa suena ridícula. Además, ¿cómo puedo pedir ya la mano de Consuelito ¡Que me maten, qué caray! ¿Qué va a pensar ella de mí y sin ella, ¿qué me importa la vida?

CONSUELO. – Huye por ahí: por ese balcón.

FELIPE. – De veras. ¡Cómo no se me ocurrió antes!

CONSUELO. – Es alto; pero...

FELIPE. – Si logro caer bien, estoy a salvo; porque ese es el corral de las Mendoza, unas rojas furibundas que oyen misa todos los días.

FEDERICO. – (*Fuera*). ¡Consuelo!. ¡Abre!

CONSUELO. – ¡Brinca!. ¡Pronto!

(*FELIPE salta por el balcón CONSUELO abre la puerta de la derecha. Entra FEDERICO con ASERRÍN*).

FEDERICO. – ¿Quién estaba aquí?

CONSUELO. – Nadie.

FEDERICO. – ¿Por qué está abierto ese balcón?

CONSUELO. – ¡Hacia tanto calor!

FEDERICO. – (*Al balcón*). ¿Quién huyó por aquí?

ASERRÍN. – (*Retirándolo*). ¡Cuidado! Ese balcón da a un corral de enemigos.

CONSUELO. – No sé qué buscan ustedes a esta hora en la habitación de una señora, y con armas en la mano.

ASERRÍN. – Perdón, señora; pero... Como su marido.

CONSUELO. – ¿Como entra mi marido tiene que entrar usted también Salga, señor, por favor.

(Sale ASERRÍN).

CONSUELO. – Tú también. ¡Y para siempre!

FEDERICO. – (Echándose en la cama). ¿Por qué?

CONSUELO. – Era lo único que faltaba: que me insultaras así delante de extraños.

FEDERICO. – Sí. Pudo ser un error; pero.

CONSUELO. – Pero es el último. ¿Me entiendes?

FEDERICO. – ¡Deja esas bravezas!

CONSUELO. – Federico: fuera de aquí, o no respondo de lo que pase. Mira que se me está metiendo en la sangre el mal humor de esas gentes, y estoy a punto de estallar.

FEDERICO. – ¡Estalla, pues!

CONSUELO. – Aunque no lo creas: desde hoy no existes para mí! Y si no sales de aquí por las buenas.

(Entra VIOLENCIA con dos SOLDADOS).

VIOLENCIA. – Requisen aquí.

CONSUELO. – ¿Qué desean? '

VIOLENCIA. – ¡Dedos arriba!

CONSUELO. – (*Levanta el dedo rojo*).

FEDERICO. – (*Se mete la mano al bolsillo*).

VIOLENCIA. – A la señora no la molesten. Es de este sector. ¿A ver, usted? (*Le mira el dedo*). A este llévenselo. Es un intruso.

CONSUELO. – ¡Admirable! ¡Llévenselo!

FEDERICO. – Pero. ¡Sí es mi señora!

CONSUELO. – Aquí no interesa el estado civil de las personas sino su filiación política. ¿No es así, doña Violencia?

VIOLENCIA. – Creo haberlo advertido en todos los tonos.

CONSUELO. – (*Rabiosa*). ¡Enciérrenlo al otro lado, y que me deje en paz!

POLICÍA. – Eche adelante, o ahí va culata.

(*Sale la POLICÍA empujando a FEDERICO*).

CONSUELO. – ¡Bendito sea Dios!

VIOLENCIA. – Sigan clasificando, hasta que quede cada cual en su respectiva casilla. Buenas noches, señora, y excuse.

CONSUELO. – ¡Qué voy a excusar! Por el contrario: muchísimas gracias.

(*Sale VIOLENCIA por una puerta y entra CHELA por la otra*).

CHELA. – ¡Mamá!.. ¡Mamá!

CONSUELO. – ¡Cierra la puerta! ¡Pronto! ¡Antes de que te encuentren aquí y te lleven con tu papá!

CHELA. – Dime: ¿y Felipe?

CONSUELO. – Dime ante todo: ¿dónde está Fico?

CHELA. – No sé. ¿Dónde está Felipe?

CONSUELO. – ¿Tanto te interesa, que te olvidas de tu hermano?

CHELA. – (*Desesperada*). ¿Dónde está?

CONSUELO. – Le acabo de salvar la vida. Saltó por ese balcón.

CHELA. – ¿Estaba contigo?

CONSUELO. – Afortunadamente

CHELA. – ¿Qué? (*Rompe a llorar*).

CONSUELO. – ¿y por qué lloras, tonta?

CHELA. – Quisiera morirme.

CONSUELO. – Entiendo. Se te prendió el mal de tu papá. Lo quieres mucho, ¿no es cierto?

CHELA. – (*Despechada*). Lo quería.

CONSUELO. – ¿Ya no?

CHELA. – ¿Cómo voy a quererlo ya?

CONSUELO. – ¡qué lástima! Porque. ¿Sabes lo que vino a hacer aquí? A pedirme tu mano.

CHELA. – (*Reaccionando*). ¿De veras?

CONSUELO. – ¡Mal pensada!

CHELA. – ¡Que dicha!

CONSUELO. – Se ve que en ti también, eso fue fulminante.

CHELA. – ¡Como el rayo!

CONSUELO. – Y te quiere tanto, que está dispuesto, si es necesario, hasta a voltearse.

CHELA. – Y si no se voltea él, me volteo yo. Ahora verás. ¿Por aquí fue?

CONSUELO. – ¿qué vas a hacer?

CHELA. – (*Al balcón*). ¡Felipe!. ¡Felipe!

FELIPE. – (*Fuera*). Voy, Chela.

CHELA. – Ven, mi amor. Trae una escalera. Y entro a tu partido.

CONSUELO. – Calma, hija, calma,

CHELA. – (*Abrazándola*). ¡Mamacita!

CONSUELO. – En fin: pierdo una hija. Pero me queda el consuelo de que gano un copartidario.

(*Entran FICO y ROSA*).

FICO. – ¡Mami!

CONSUELO. – ¡Mijito!... ¡Mijito!... ¡Me tenías en ascuas!

FICO. – No quería irme sin verte.

CONSUELO. – ¿Te vas? ¿Para dónde?

FICO. – Y sin pedirle perdón.

CONSUELO. – ¿Perdón? ¿Por qué?

FICO. – Porque. Ingreso al conservatismo.

CONSUELO. – ¿Tú?

FICO. – No hay otra manera de acompañar a la señorita hasta su casa.

CONSUELO. – ¿También tú? ¡Pero ni que todos hubieran tomado azogue!

FICO. – Con lo poco que sé de arquitectura, reconstruiré la finca que le incendiaron. Y las que incendió su papá. Y si la vida nos alcanza, reconstruiremos también la república.

CONSUELO. – Eso sí. Aprisa, muchachos. Aprisa. Antes de que acaben hasta con el lote.

(*Entra FELIPE por el balcón*).

FELIPE. – ¡Chela!

CHELA. – (*Tirándosele al cuello*). ¡Felipe!

CONSUELO. – ¡Respétenme!

FICO. – (*Abriendo los brazos*). ¡Rosita!

ROSA. – (*Dejándose abrazar*). ¡Fico! ¡Mi amor!

CONSUELO. – ¿A qué lado atiendo? ¡Muchachos!

FELIPE. – Ven, Chela. Allí estaremos seguros.

CHELA. – Vamos, sí.

FELIPE. – Ven tú también, Fico.

FICO. – Estás atrasado de noticias. Mi seguridad va por otro lado. Adiós y felicidades.

FELIPE. – Ven con nosotros, Consuelo.

CONSUELO. – Iré por cuidar a la muchacha. Pero en cuanto se casen, nadie me sacará de este hotel. ¡Es el único sitio donde Federico me va a dejar tranquila!

(*Entra FEDERICO*).

FEDERICO. – (*Sonriente*). ¿Ya te pasó la furia?

CONSUELO. – ¿Otra vez tú aquí?

FEDERICO. – ¡Y esta vez, mira! (Le *muestra las manos teñidas de rojo*). ¡Traigo salvoconducto!

CONSUELO. – (*Aterrada*). ¿Qué has hecho?

FEDERICO. – Ingeniarme para llegar a ti. ¡Como hace veinte años! ¿No sabes que en este país el vínculo es indisoluble?

CONSUELO. – (*Santamente resignada*)... ¡Todo sea por Dios!

TELON

FIN DE LA OBRA